2870

El Cura de aldea.

4

EL CURA DE ALDEA,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL

DE DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Estrenado en el teatro del Príncipe la noche del 24 de Diciembre de 1858.

COMEDIAS
J. GONZALEZ
JACOMETREZO 45
C.ª MADRID
COMPRA Y VENTA

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.

REPARTIMIENTO.

PERSONAS.	ACTORES.
MARIA.....	Doña Emilia Moscoso.
PETRA.....	Doña Adela Zapatero.
EL PADRE JUAN...	D. José Valero.
GASPAR.....	D. Antonio Pizarroso.
ROQUE.....	D. Fernando Ossorio.
DIEGO.....	D. José Olona.
RAFAEL.....	D. Emilio Mario.
UN SARGENTO.....	D. Gerónimo Sunyé.
UN POBRE.....	D. Benito Chas de Lamotte.
ANASTASIO.....	D. Ramon Benedí.
ROMUALDO.....	D. José Molina.
NIÑOS 1.º, 2.º y 3.º	

Aldeanas, aldeanos, niños, soldados, pobres y gente del pueblo.

La accion se supone en nuestros dias, en el pueblo de Carrascal del Obispo, provincia de Salamanca.

La propiedad de este drama pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lirica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Cima de Alba

ACTO PRIMERO.

Valle pintoresco: en mitad del teatro se apoya sobre dos grandes rocas un puente de tablas, por debajo del cual se desliza un arroyo que se pierde por el foro izquierda. Monte al fondo, en cuya falda se ven las primeras casas de una aldea. En el primer término de la izquierda una ermita; en la pequeña torre de esta, una campana de bronce, de la cual pende una soga, que pasando por unas argollas de hierro termina junto á la puerta de entrada, á la que se sube por unas gradas: en el de la derecha la casita del cura, con cobertizo y empalizada rústica; junto á esta hay un banco de piedra. La accion comienza antes de amanecer.

ESCENA PRIMERA.

PETRA, ANASTASIO, ROMUALDO y algunos aldeanos con guitarras y panderetas, bajan por el puente y se dirigen á la casa del cura. Cuando llegan al banco forman un corro.

ROM. ¿Quién va á cantar?
PET. Anastasio.
ANAST. No señor, que cante Petra,
que es mujer, y ademas tiene
mucha gracia, y la voz fresca.
TODOS. ¡Que cante! ¡Que cante!
PET. En cama
tengo postrada á mi abuela,
y como el barbero ha dicho
que sin remedio la entrega,

673204

no quiero cantar, que al fin
y al cabo, yo soy su nieta.

ANAST. Anda, tonta. ¿Qué mas dá?

ROM. Y aun suponiendo que muera;
Dios es Dios, y cuando Dios
dice «Fulano á la espuerta,»
no hay mas que doblar el cuello,
morirse, y tener paciencia.

PET. Mas si ella sabe...

ANAST. Mal año
alcance y mala cosecha
al primero que le diga
que has cantado. ¡Conque, ea!
que se templen las guitarras,
y vamos á ver si echas
dos coplas por esa boca.

ROM. Pero que sean honestas,
porque ya sabeis que el cura
siempre que nos sermonea,
nos dice que los cantares
que ponen la faz bermeja
son enemigos ocultos
que nuestro cuerpo atormentan

TODOS. ¡Corro! ¡Corro!

(Se cogen de las manos, y forman un corro dejando en el centro á Petra y Romualdo.)

ESCENA II.

DICHOS, DIEGO, RAFAEL, que bajan del monte precipitadamente, y se introducen en el corro de los aldeanos dando empellones.

DIEGO. ¡Corro!

ROM. ¡Corro!

TODOS. ¡Diego! (Retrocediendo.)

ANAST. (¡Ya se aguó la fiesta!)

(Todos se apartan del lado de Diego.)

DIEGO. Venga una guitarra, quiero
cantar la copla primera.

RAF. La mia no.

(Retrocediendo y ocultando detras de su cuerpo la

guitarra.)

ANAST. Ni la mia. (Id.)

DIEGO. Quiero cantar, menos réplicas.
Si hay alguno entre vosotros
que á contrarestar se atreva
mi voluntad, que alce el dedo. (Pausa.)
¿Callais? Bien, enhorabuena.
Venga, pues, ese guitarro,
y jalead bien, babiecas.
(Pretende quitar la guitarra á Romualdo.)

ROM. Vamos, que no quiero. (Forcejeando.)

DIEGO. ¡Imbécil!

ROM. Que no quiero.

DIEGO. Aunque no quieras.

ANAST. ¡Qué se rompe! ¡Que se rompe!
(Se rompe la guitarra.)
¡Ya se rompió!

ROM. Si no fuera...

DIEGO. (Es preciso que espantemos (A Rafael.)
á estos gansos.)

RAF. (A Diego.) (Pues comienza
el belen cuando te plazca,
y conmigo siempre cuenta.)

DIEGO. (Vamos pues.) Dame la tuya.
(A un mozo que se la dá sin replicar.)
Buen chico. Oido, mozuelas.
(Diego se pone á templar la guitarra, y rompe una cuerda, y asi sucesivamente hasta tres, segun lo indica el diálogo.)

PET. ¡Ya rompió una cuerda!

ANAST. ¡Y otra!

ROM. ¡Y otra!

ANAST. ¡Ya no hay paciencia!...

DIEGO. ¡Qué demonio de carraca!
(La rompe contra el banco de piedra y la tira al arroyo. Luego se dirige á Romualdo y le dice.)
¡Dame el tuyo!

ROM. No la suelto.

DIEGO. ¡Hola! ¿No quieres á buenas?

ROM. No señor.

DIEGO. Pues será á malas.

ANAST. Es que á malas, aqui hay piedras.

DIEGO. ¿Si? pues yo tengo otra cosa
que mata á los que apedrean.
(Diego saca un par de pistolas del bolsillo, las monta y apunta con ellas á los aldeanos, que echan á correr despavoridos por las distintas veredas del monte. Diego y Rafael les acompañan dando gritos y carcajadas hasta las primeras rocas del fondo, luego bajan al proscenio.)

Aquí Escena 1ª

ESCENA III.

DIEGO y RAFAEL.

DIEGO. ¡Já! já! já! antes de poco
irán á darle la nueva
á mi padre.
RAF. Pues ya puedes
revestirte de paciencia
para oir...
DIEGO Cumplí veinte años; (Con orgullo.)
su amenaza no hace mella
en mi corazon.
RAF. No niego
que es tu voluntad enérgica;
mas, Diego, la de tu padre
no es mas flexible. Recuerda que
que hace dos años te hallabas
en Salamanca, y la nueva
llegó al autor de tus dias
de que con harta frecuencia
tú visitabas las *timbas*,
émulo de las cuarenta;
y escribiéndote una carta...
DIEGO. Que yo dejé sin respuesta. (Con rapidez.)
RAF. Si... pero como él es hombre
que tiene poca paciencia,
montó á caballo, fué á verte,
te encontró jugando...
DIEGO. Cesa.
RAF. y entre dos guardias civiles
te hizo volver á la aldea;

donde te tuvo encerrado
un mes, sin que te valiera
ser su hijo.

DIEGO. ¡Basta!... Basta.

RAF. ¿Te enfadas?

DIEGO. No; me molesta
oir hablar de mi padre;
y hoy que sus puertas me cierra,
ni debo temer sus iras,
ni llamar debo á su puerta.

RAF. Vé que es tu padre.

DIEGO. ¡Mi padre!... (Con sarcasmo.)
Quiso la naturaleza
darme un padre, que no ha dado
de padre ninguna prueba.
Libre soy; antes de mucho
por fin dejaré esta aldea
que me vió nacer. El aire
que respiro aqui envenena.
Aqui todos me rechazan,
todos me espian, me celan;
no hay uno que cariñoso
su mano amiga me tienda,
arrendatarios serviles
del mismo que el ser me diera,
por no enojar á su dueño
hasta su amistad me niegan.
Mas yo los desprecio: á nadie
necesito...

RAF. Diego... ¿y ella?

DIEGO. ¡Maria! ¡Maria! ¡Oh! solo
tú iluminas las tinieblas
que en mi mente se amontonan
trastornando mis ideas.
(Se dirige hácia la casa del cura y Rafael le detiene.)

RAF. ¿Adónde vas?

DIEGO. Voy á hablarla.

RAF. ¿Y si el padre Juan?...

DIEGO. No temas.
Está en el pueblo asistiendo
á un enfermo.

RAF. Diego, espera.

DIEGO. ¡Esperar!... antes que el alba
con su luz bañe esa sierra,
quiero saber si Maria
á seguirme está resuelta.

RAF. ¡Diego!

DIEGO. Rafael, escucha.
Todo el oro que posea
mi padre, me pertenece;
mi sangre es suya, su herencia
mia... la paz imposible
entre los dos. Como ella
admita... (Sale Roque de la ermita.)

RAF. No estamos solos.
Mira. (Le indica la puerta de la ermita.)

DIEGO. ¡Calla!
(Le coge del brazo y le conduce al fondo evitando que les vea Roque.)

ESCENA IV.

DIEGO y RAFAEL en el fondo. ROQUE en las gradas de la ermita.

ROQUE. Por si llegan
los muchachos, la campana
dejemos donde la vean.
(Roque deja una campana de mano en la pila del agua bendita que debe hallarse junto á la puerta, y luego baja al proscenio.)
(Estremeciéndose de frio.)
¡Aah!... Por mas que el padre Juan
madrugar nos aconseja,
no lo creo conveniente
si está la mañana fresca.
(Roque se queda mirando á la ventana de casa del cura.)
Cuando miro esa ventana
se rebullen las ideas
ocultas de mi magin,
y se bajan á la lengua
haciéndome mas cosquillas...
Pero, Roque, no seas bestia,

que aun no ha llegado la hora
de que la comarca sepa
lo que tú tienes oculto...
dia llegará... y etcétera.
Vamos á tocar á misa,
pues si el padre Juan me encuentra
aqui... En el nombre del Padre, (Persignándose.)
del Hijo y...
(Se dirige pausadamente hácia la ermita. Diego y Rafael bajan del fondo para encontrarle.)

DIEGO. Tú de una oreja, (A Rafael.)
yo de otra, lo aseguramos,
y mientras hable con ella
me lo tienes resguardado
junto al charco de la huerta.
(Diego y Rafael cogen á Roque por las orejas Roque da un grito y cae de rodillas.)

ROQUE. ¡Jesus!
DIEGO. ¡Silencio!
ROQUE. ¡Socorro!
DIEGO. Ni una palabra. (Le tapa la boca.)
RAF. ¡Ni media!
DIEGO. ¿Quién eres?
ROQUE. ¡Ay! (¡Mea culpa!)
DIEGO. Responde.
ROQUE. Tenga paciencia.
Yo soy el correvedile
del clérigo de la aldea;
el pregonero del pueblo
y el sacristan de la iglesia.
Al que me manda le sirvo,
el que me busca me encuentra;
cuando me amenazan callo,
pues si me enfado me pegan,
y soy un ser tan paciente,
que he tenido la paciencia
de no impacientarme nunca
aunque impacientarme quieran.
(Todo este trozo con mucha rapidez.)

DIEGO. Tú has de ignorar que me has visto:
si hablas, te arranco la lengua.
ROQUE. Soy un ser tan ignorante,

(Con temor y sonriendo.)
de ignorancia tan completa,
que por ignorar, ignoro
la madre que me pariera

DIEGO. ¡Já! já!

ROQUE. ¡Y se estan riendo!

DIEGO. Llévale.

(A Rafael, el cual coge bruscamente á Roque por un brazo y le arrastra hácia el fondo á pesar suyo.)

ROQUE. ¿Adónde me llevan?

RAF. Sigue y calla.

ROQUE. Mea culpa...

DIEGO. Luego iré á buscarte. (A Rafael.)

ROQUE. Mea
culpa, mea ..

(Rafael se lleva á Roque por el foro derecha.)

DIEGO. No perdamos
el tiempo. El dia se acerca.

(Diego se acerca á la ventana de la casa del cura y llama suavemente.)

ESCENA V.

DIEGO: MARIA, desde dentro de la casa.

MAR. ¿Qué busca tan de mañana
en el valle? (Desde dentro.)

DIEGO. A tí, Maria.

MAR. Pues vuelva en siendo de dia (Id.)

DIEGO. Abre por Dios tu ventana.

MAR. ¿Tanto importa?

DIEGO. Un corazon
que en sordas luchas se agita,
verte, hablarte necesita
para hallar su salvacion.

MAR. ¿Eres Diego? (Asomándose á la ventana.

DIEGO. Diego soy.

MAR. Por fin volviste.

DIEGO. ¿Podia
no volver, si el alma mia
quedaba aqui?

MAR. Es que hace hoy
que te ausentaste seis dias,
y por tu ausencia angustiada
pasé una y otra velada
esperando... y no venias.

DIEGO. ¿De mi amor dudaste?

MAR. ¡Quita!
Sin la fé, sin la esperanza
nada en el mundo se alcanza:
aqui la duda no habita.
Cuando tardas mucho, espero
y á solas mi amor exhalo,
que aunque dicen que eres malo,
confio en Dios y te quiero.

DIEGO. Maria, ¿por qué el destino
quiso por ser mas ingrato,
que te hallára este insensato
en mitad de su camino?
¿Por qué, niña angelical,
tu amor vino á ser mi eden,
si ese amor que fué mi bien
hoy se convierte en mi mal?

MAR. Diego, tu acento me aterra,
mas á comprender no acierto...

DIEGO. Nuestro amor, Maria, ha muerto,
porque abandono esta tierra.

MAR. ¡Dios mio!

DIEGO. Cruel el hado
que en mi daño se recrea,
hoy me arranca de esta aldea.

MAR. ¿Por qué? Por qué?...

DIEGO. Soy soldado. (Con sentimiento.)

MAR. ¡Pero de ese mal se infiere
que va á remediar el daño
tu padre!

DIEGO. Mi padre há un año
que por hijo no me quiere.

MAR. ¡Pero él es rico!

DIEGO. Si á fé.

MAR. Su herencia te pertenece.

DIEGO. Pero ni él su oro me ofrece,
ni yo á pedírselo iré. (Con orgullo.)

MAR. Vé, y con tu llanto subyuga
su altivez: yo te lo exijo.
¿Qué padre llorar vé á un hijo
y sus lágrimas no enjuga?

DIEGO. El mio. (Con energia.)

MAR. ¡Diego!

DIEGO. Si, el mio. (Pausa.)

MAR. ¡Ah! tu respuesta me asusta.

DIEGO. Jamás en su frente adusta,
nunca en su aspecto sombrio
su amor paternal brilló;
que ni aun en su cuna el niño,
ni una frase de cariño
ni un beso de él recibió!
Mi madre, único consuelo
de mi niñez afligida,
la amargura de esta vida
trocó por la paz del cielo.
Del hijo el dolor profundo
no alivió el amor del padre,
que al perder Diego á su madre
lo perdió todo en el mundo.
Desde entonces tuvo empeño
en castigar cruelmente
la culpa mas inocente,
el delito mas pequeño;
y su esquiva condicion
causó al niño tanto mal,
que al fin el amor filial
se secó en su corazon.
Y tanto y tanto sufrí
con el trato que me daba,
que yo hacer daño anhelaba,
cual me lo hacian á mí. (Pausa.)
Con fuerzas para luchar
contra su atroz tirania,
me asaltó la idea un dia
de huir del paterno hogar;
y á él no tornaré jamás,
aunque el oirlo te asombre,
que en mi padre veo á un hombre...

MAR. ¿Y nada mas? (Con asombro.)

DIEGO. ¡Nada mas! (Con energia.)
Sé que mi altivèz le irrita
y sé que el rogar es vano:
ni él me tenderá su mano
ni Diego la necesita.

MAR. Diego, tu mente delira.
Él es tu padre.

DIEGO. No cejo.

MAR. Diego, que un hijo es espejo
en donde el padre se mira.

DIEGO. Piensa que su maldicion
mi justo enojo provoca.

MAR. Maldecir pudo su boca,
mas nunca su corazon.
Vuelve tranquilo á su hogar,
sin temor que de tí huya:
si tu sangre es sangre suya,
¿cómo no ha de perdonar?

DIEGO. Nunca.

MAR. (Con sentimiento. Por mi amor te ruego...

DIEGO. No ruegues, que en vano fuera.

MAR. Ya que tu orgullo supera
á mi amor, mi amor te niego.

DIEGO. ¡Maria!

MAR. Aunque no te cuadre,
lo que con pena te digo,
no vengas á hablar conmigo
sin el perdon de tu padre.

DIEGO. ¡Qué dice, Dios infinito!
Sin tu amor la muerte quiero.

MAR. Tu amor aqui vive entero.

DIEGO. ¡Ah!

MAR. Su perdon necesito.

(Maria cierra la ventana. Diego se abalanza para detenerla, y al ver que ha sido inútil, dice con desesperacion.)

ESCENA VI.

DIEGO sólo.

¡Oh! ¡Su perdon necesita!
Corro... Pero no... ya es tarde.
Vamos, corazon cobarde,
sigue tu lucha maldita.
(Diego desaparece precipitadamente por el foro derecha.)

ESCENA VII.

Varios MUCHACHOS aparecen en el puente corriendo. Al llegar al camino que conduce á la escena se detienen. El PADRE JUAN sale por la parte contraria del monte. Trae una cesta llena de frutas.

MUC. 1.° ¡Alto aqui! (Deteniendo á los demas.)
MUC. 2.° ¡Perico! ¡Andrés!
¡Alinear!
(Los muchachos se ponen en batalla delante del camino.)
P. JUAN. ¡Válgales Dios!
(Apareciendo en el monte y viendo á los muchachos.)
¡Eh!
MUC. 1.° ¡A la una! ¡A las dos!
P. JUAN. ¡Muchachos! ¡Eh!
MUC. 1.° ¡A las tres!
(Los niños bajan á carrera tendida la rampa del monte en direccion á la ermita, y se lanzan todos en tropel sobre la campana que dejó Roque. El Padre Juan, apoyado en la barandilla del puente, permanece inmóvil hasta verlos llegar, y cuando esto sucede les dice, sin moverse del sitio.)
P. JUAN. Un dia os vais á estrellar.
Vamos, ¿y quién la cogió?
MUC. 1.° ¡Yo!
ID. 2.° ¡Fuí yo!
ID. 3.° ¡Fuí yo!
TODOS. ¡Fuí yo!

P. JUAN. ¡Silencio!

(Desde el puente. Baja á la escena, se dirige adonde estan los muchachos, les quita la campana que se estan disputando, y viendo á uno, el mas pequeño, y que bajó el último, se acerca á él y le dice.)

Tuya es, Gaspar.

MUC. 1.° Padre Juan, si él á las gradas
no llegó, y...

P. JUAN. ¡Deslenguado!
Y á usted ¿quién le ha autorizado
para echar su cuarto á espadas?

MUC. 1.° Es que yo...

P. JUAN. Basta de empeño:
yo adjudico la campana,
item mas, esta manzana,
á él, por ser mas pequeño.
A ver, ¿y ese pantalon?

(Reparando en el traje de uno de los niños, y atrayéndosele hácia él.)

¿quién te lo ha roto?

MUC. 1.° ¡Perico!

MUC. 2.° ¡Embustero!

P. JUAM. Cierra el pico.

MUC. 2.° ¡Mosca!

MUC. 1.° ¡Chismoso!

P. JUAN. ¡Chiton!

(Pausa. El padre Juan reprende con dulzura a uno y luego á otro.)

¿Piensas que ignoro tus hechos?
Tú eres un desobediente,
que has hecho un chirlo en la frente
al hijo del fiel de fechos.
Tú ayer hiciste novillos...

MUC. 2.° ¡Yo!...

P. JUAN. ¡Me lo ha dicho tu abuela!

MUC. 2.° (¡Soplona!)

P. JUAN. ¡Perder la escuela!
¿Y por qué?

MUC. 2.° Fuí á coger grillos.

P. JUAN. ¡Grillos! ¡Bien! De esa manera
no hay duda que medrarás,
pero tú no lo harás mas...

MUC. 2.º No, señor.
P. JUAN. Toma una pera.
(Sacándola de la cesta, que habrá dejado junto al banco, y dándosela al muchacho.)
MUC. 1.º Déme usted una. (Se la dá.)
MUC. 3.º ¡A mí! (Id.)
TODOS. ¡A mí!
P. JUAN. ¡Hola! ¿vuelve el somaten?
Sed desde hoy hombres de bien
y os las doy todas.
TODOS. Si, si.
(El padre Juan se sienta en el banco, los chicos le rodean y los reparte la fruta de la cesta.)
P. JUAN. Tomad, y de la memoria
nunca borreis mis consejos,
que el que respeta á los viejos,
tiene segura la gloria.
No riñais, que anhelo veros
en vez de correr las lomas,
sencillos como palomas,
dóciles como corderos.
Sea vuestro eterno afan
ser virtuosos, ser pios,
porque todos, hijos mios,
sois hermanos por Adan.
(El muchacho 1.º se sonrie, y el padre Juan lo coge de una oreja y se lo acerca.)
¿Por qué te ries?
MUC. 1.º Me rio...
porque siendo hermanos...
P. JUAN. ¿Qué!
¡Vamos!
MUC. 1.º Porque su mercé
tambien será hermano mio.
P. JUAC. Ley es de la humana raza
que nos une y reconcilia,
que el mundo es una familia
que la Providencia enlaza.
Mas tú eres un pregunton
y al niño callar le toca,
que el que no guarda su boca
no guarda su corazon.

(Dándole una palmada suave en el carrillo.)

MUC. 1.° Como no lo oí en la escuela...

P. JUAN. Pues yo te lo explicaré.—
Desde Adan hasta Noé
todo es una parentela:
cuando el diluvio acaeció
Sem, Cham y Jaf[1] se salvaron,
y el universo poblaron,
que asi Dios lo decretó.
Para ahorrar duelos prolijos
hizo que la sangre hermana
creara la raza humana
con los hijos de sus hijos;
de modo que Pedro, Juan,
Rosa, Petra y Dorotea
y todos los de esta aldea
sois hermanos por Adan:
que una rama de otra en pos,
la raza de los humanos
hizo á los hombres hermanos,
y el padre de todos Dios.
Ahora corred, que indecisa
el alba se halla en Oriente,
y es muy justo que la gente
acuda al templo á oir misa.

(Los muchachos desaparecen corriendo por el puente tocando la campana. Uno de ellos, que será el último, cae, y el Padre Juan corre á levantarlo.)

¡Ya cayó! Muchacho, espera,
no vayas rodando al rio.
¿Te has hecho daño, hijo mio?

(Los niños han desaparecido. El Padre Juan levanta al caido y lo lleva al proscenio.)

MUC. 1.° No, señor.

P. JUAN. Toma una pera.

---

1 Segun el GÉNESIS, los nombres de los tres hijos de Noé que fueron el tronco de una posteridad numerosa, se llamaron SEM, CHAM, ó mas bien HAM, y JAFET. Tomándonos una libertad poética, y con el deseo de laconizar el parlamento, nos hemos visto precisados á escribir JAF en vez de JAFET.

(El Padre Juan vá á buscar de la cesta, que estará junto al banco.)
¡Calle! Limpiaron la cesta.
Hijo, valga la intencion.
(Repara en el pantalon del chico, que se hallará algo destrozado.)
¡Hombre! ¿Es este pantalon
el de los dias de fiesta?

MUC. 1.º Si, señor.

P. JUAN. Que compre luto
tu madre.

MUC. 1.º No me regaña
nadie, si usted me acompaña.

P. JUAN. Hijo, tu padre es muy bruto:
no hay quien seis palos te ahorre
al verte asi. Vé á Maria,
y díle de parte mia
que te lo remiende. ¡Corre!
(El chico le besa la mano y entra en la casa del Cura.)

ESCENA VIII.

El PADRE JUAN, solo.

No hay edad como la infancia:
ahora rie, luego llora,
y como todo lo ignora,
es feliz con su ignorancia.
Tenerles siempre á mi lado
quisiera, que al ver á un niño
fuentes brotan de cariño
de mi corazon helado.
Son mi dicha, mi consuelo;
pura y candorosa edad
por la cual la humanidad
sus culpas lava en el cielo,
que aquel que á un niño recibe
y le va inclinando al bien,
en las puertas del eden
su nombre el Eterno escribe.
(Se oye un reloj de torre que figura hallarse muy le-

jos, y da seis campanadas.)
¡Calla! si... las seis serán...
Ya la creo, si amanece.
¡Roque! ¡Roque! Me parece
que se durmió el sacristan.
¡Roque!

ESCENA IX.

El PADRE JUAN, ROQUE.

ROQUE. Aqui está, que no acierta (Sale temblando.)
á andar de frio y mojado.
P. JUAN. ¡Cómo!...
ROQUE. Porque me han tirado
en el charco de la huerta.
P. JUAN. ¿Quién?
ROQUE. Diego.
P. JUAN. ¿El albéitar?
ROQUE. No.
P. JUAN. El hijo de Gaspar fué.
¿Y por qué ha sido?
ROQUE. ¿Por qué?
Pues eso pregunto yo,
que á la verdad no me explico
quién me metió en tan mal paso;
porque yo...
P. JUAN. Vamos al caso,
ya sé que eres un buen chico.
ROQUE. Podré tener mis defectos
como cualesquiera... ¿estamos?
porque no es que aqui digamos
que los hombres son perfectos.
P. JUAN. Bien, hombre, bien; yo deseo
saber de que modo ha sido.
ROQUE. Nada, que me han sorprendido,
que me han tirado, y *Laus Deo*.
P. JUAN. ¿Conque tanta es la maldad
de Diego?
ROQUE. Le aborrecemos,
si, señor, y le tenemos
odio y mala voluntad.

P. JUAN. ¡Tú estás temblando!
ROQUE. Si el frio
no me deja resollar.
P. JUAN. Ve á casa, enciende el hogar
y caliéntate, hijo mio.
Toma mi capa. (Se la quita y se la dá.)
ROQUE. ¡Qué!...
P. JUAN. Toma,
no cojas un resfriado.
ROQUE. Pero si aun no he tocado
á misa, y el sol asoma,
y no quiero que usted toque,
que esa es incumbencia mia.
P. JUAN. Vete.
ROQUE. ¡Y despues qué diria
todo el pueblo!
P. JUAN. Vete, Roque.
ROQUE. Pero, señor, ¿qué dirán?
(El Cura le indica con la mano que se retire.)
¡Usted es un santo!
P. JUAN. No, un cura
que por la salud procura
de su hermano el sacristan.
(Roque le besa la mano al Cura y entra en su casa. El Padre Juan se dirige hácia la ermita. Gaspar sale por el fondo examinando la casa del Cura.)

ESCENA X.

EL PADRE JUAN, GASPAR.

GASP. (Me habrán engañado... acaso
con otro le confundieron...
(Reparando en el Cura.)
¡El Padre Juan!... No conviene
que sepa... Disimulemos.)
Buenos dias, Padre Juan.
P. JUAN. ¿Quién es? ¡Ah! Gaspar, muy bien.
Mucho has madrugado hoy.
(El Padre Juan habrá llegado á las gradas de la ermita, se vuelve y dice á Gaspar lo precedente desde allí.)

GASP. Si, señor.
P. JUAN. ¿Estás enfermo?
GASP. No.
P. JUAN. ¿Hay mal humor?
GASP. Tampoco.
P. JUAN. (Siempre con cara de perro,
desde que el sol le despierta
hasta que le rinde el sueño.)
(El Padre Juan habrá tocado á misa, tirando de una soga que habrá junto á la puerta de la ermita. Al concluir baja al proscenio.)
Me tienes muy enfadado,
Gaspar.
GASP. ¡Yo!
P. JUAN. Si; no comprendo
tu mal humor: ¿no eres rico?
¿no te estiman en el pueblo?
¿no tienes buenas cosechas?
Pues entonces...
GASP. Es mi genio.
P. JUAN. ¡Psch! genio y figura hasta
la sepultura: ¿no es eso?
GASP. Asi será.
P. JUAN. Vamos, vamos,
Gaspar; yo ya soy muy viejo
y no es fácil engañarme.
Tú padeces.
GASP. ¡Yo!
P. JUAN. Si, y Diego,
tu hijo, de ese dolor
es la causa.
GASP. Mi hijo ha muerto.
P. JUAN. Gaspar, que estás blasfemando.
GASP. Le suplico á usted, le ruego
que no hablemos de mi hijo.
P. JUAN. Quiero hablar; yo vine al pueblo,
mas que á cuidar de mis males,
á cuidar de los ajenos.
Tú sufres, tu mal es hijo
De tu carácter soberbio,
tú olvidas que Dios humilla
la frente á los altaneros.

GASP. Padre Juan, esas palabras
son duras.
P. JUAN. Tengo derecho
para hablarte asi.
GASP. Señor,
á mi edad ..
P. JUAN. La edad no veo,
que el padre espiritual
no conoce edad ni tiempo.
Aqui todos sois mis hijos,
padre de todos ser quiero,
y es mi deber como padre
ver á mis hijos contentos,
que la alegria y la calma
dones son que envia el cielo,
y el que sus bienes ignora
vive á su Dios ofendiendo.
GASP. Pues bien, Padre Juan, mis males
en vano buscan remedio:
tengo un hijo, un hijo ingrato,
cuyo corazon perverso
en mi muerte se complace.
Desobediente, altanero
á mis mandatos, vé siempre
mi autoridad con desprecio,
vé el mal y hácia el mal camina.
P. JUAN. Y tú, ahorrando los consejos
paternales, le abandonas
á sí mismo.
GASP. Yo no debo
ceder... y ademas es tarde.
P. JUAN. Querido Gaspar, yo creo
que siempre entre padre é hijo
para las paces es tiempo.
Con un grito de «hijo mio,»
pero que salga de adentro,
un buen abrazo, una lágrima,
una sonrisa y un beso,
—cosas todas que los padres
las hacen, aun sin saberlo,—
en un instante se olvidan
pasados resentimientos.

GASP. Dispénseme su merced
si no sigo sus consejos.
Mi hijo es soldado.
P. JUAN. ¡Soldado!
GASP. Si, y en el cuartel espero
que halle al fin el correctivo
de su carácter soberbio;
que á un recluta loco, doma
con su vara un cabo cuerdo.
P. JUAN. Pero, hombre, ó yo estoy soñando
ó tú, Gaspar, no estás bueno.
No conoces la ordenanza
militar, segun preveo.
Un dia se insubordina
tu hijo, ó falta al respeto
á un jefe, y te lo fusilan.
Vamos, Gaspar, no consiento
que vaya á servir al rey.
GASP. Irá.
P. JUAN. ¡Cómo!
GASP. Estoy resuelto
y de mi plan no desisto.
P. JUAN. Pero, hombre, no seas terco
y date á partido.
GASP. Irá
á servir al rey: no cejo.
P. JUAN. ¿Con que irá?... ¿Con que tú quieres
que se pierda?... Lo veremos.
Su madre al morir me dijo:
«Padre Juan, velad por Diego,»
y es un mal hombre el que olvida
los encargos de los muertos.
GASP. Cumplidlos enhorabuena,
si podeis.
P. JUAN. ¡Vaya si puedo!
Si es preciso, pediré
limosna de pueblo en pueblo
para salvarle, y su madre,
que nos mira desde el cielo,
lo agradecerá, porque ella,
que está vuestra lucha viendo
como yo, sabe quién tiene

la culpa de que el mancebo
huya de su casa y mire
á su padre con desprecio.
Tú eres, que con esa táctica
de poner rostro severo
y ser juez inexorable
para los hijos, has hecho
que ese chico desconozca
los mas dulces sentimientos
del hombre, y ahora recoges
los resultados funestos.
El que la virtud no siembre
de la virtud vive lejos,
que el árbol que con cariño
se cria desde pequeño,
frutos nos dá sazonados,
recto se eleva hasta el cielo.

GASP. Señor Cura, tendrá usted
mucha razon, no lo niego;
pero mi hijo irá á servir
á su rey y... mas no hablemos,
porque escucharle con calma,
como hasta aqui, no prometo.

P. JUAN. Vamos, vamos, no te enfades:
ya sé que he estado severo
contigo: perdóname;
pero permíteme al menos
que por tu bien este anciano
te dé, Gaspar, un consejo.
Una reprension suave
causa siempre mas efecto
que cien azotes. Al jóven
con dulzura y con respeto
el padre debe instruirle;
y el mozo llega á ser viejo
sin dejar nunca el camino
que aprendió en sus años tiernos.
¿Dices que tu chico es malo?
Pues bien, el modo pensemos
de regenerarle. Al mozo
que tiene instintos perversos,
si las puertas se le cierran

se le pierde sin remedio;
mas si las puertas se le abren
el malo se torna bueno,
y ¡qué diantre! al fin y al cabo
él es tu único heredero.
Si no tienes otro hijo,
si es tu sangre.

GASP. Estoy resuelto.

P. JUAN. Vamos, responde, Gaspar,
la mano puesta en el pecho.
Mañana cuando esos montes
se hallen de nieve cubiertos,
y tú al calor de la lumbre
en esas noches de invierno
oigas la pesada lluvia
y el zumbido de los vientos,
¿no temes que la conciencia
alce su grito severo
para recordarte al hijo
que en mitad de un campamento
sufre el rigor de una noche
que tú pasas junto al fuego,
ó tal vez en solitario
valle, tendido en el hielo,
con la nieve cicatriza
las heridas de su cuerpo,
ó tal vez desesperado
espira el pobre inconfeso,
y una maldicion sacrílega
lanza sus postrer aliento,
maldicion que al hijo cierra
la santa puerta del cielo,
maldicion que alcanza al padre,
maldicion...

GASP. Basta. Es empeño
inútil. Yo lo he jurado,
cumpliré mi juramento.

(Gaspar desaparece por el foro. El Padre Juan le lanza una mirada compasiva.)

ESCENA XI.

PADRE JUAN, luego ROQUE.

P. JUAN. Su corazon es de roca,
mas sin embargo, no debo
desistir, porque es preciso
poner á su lucha término.
¡Dios mio! no le abandones.
Alumbrad su entendimiento.

ROQUE. Voy á encender el altar
(Sale de casa del Cura y se encuentra con este, que sube.)
porque ya ve usté, estoy seco
como si tal cosa.

P. JUAN. Bien,
no te entretengas, pues veo
que van acudiendo. Yo
voy por Maria.

ROQUE. Hasta luego.
(Entra en la ermita, y el Padre Juan en la casa.)

ESCENA XII.

DIEGO y RAFAEL, por el foro derecha. PETRA, ROMUALDO, ANASTASIO, aldeanos, niños, viejos y pobres bajan á la escena por distintos senderos del monte, y se reunen en varios grupos. GASPAR, por la izquierda, se queda oculto detrás de uno de los grupos.

ANAST. (Yo le cuento la ocurrencia
cuando salga.)

PET. No seas terco;
¿si el cura no ha de pagarla,
para qué le has de ir con cuentos?

ROM. Para que sepa la gente
mala que tiene en el pueblo.

RAF. ¿Oyes? (A Diego.)

DIEGO (¡Pobres mentecatos!)
Buenos dias, majaderos.

ANAST. ¡Otra vez! (Se van retirando de él.)

No

DIEGO. Vengo de paz.
ANAST. (Mira, no se lo contemos: (A los demas.)
si nos rompió las guitarras
que no nos rompa los huesos.)
GASP. (Sin ser visto, desde aqui
al fin hoy saber espero
si es cierto ese amor.)
DIEGO. (Hablando con Rafael.) (Rafael,
sin vergüenza lo confieso,
al cerrarme su ventana
clavó un puñal en mi pecho,
y si esa mujer me olvida
soy capaz de pegar fuego
al lugar.
RAF. Conque me avises
para que no me halle dentro...
DIEGO. ¿Lo dudas?
RAF. No seas niño;
soldados los dos, saldremos
antes de mucho del valle;
y si á un mismo regimiento
nos destinan ¿quién nos tose?
ó capitanes ó muertos.
Conque á esa mujer olvida
y sígueme.
DIEGO. Antes quiero
verla al pasar.) (Hablan bajo.)
PET. Mucho tarda
su mercé.
ROM. Estará durmiendo.
PET. Si madruga mas que el sol.
DIEGO. (Es en vano, estoy resulto.)
GASP. (Algun mal estan tramando,
mas de vista no los pierdo.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—UN SARGENTO y OCHO SOLDADOS, que salen por el foro izquierda en direccion al puente.

(Salen todos)

SARG. Salú y pesetas, paisanos. (Bajando á la escena.)
DIEGO. Felices, señor sargento.

PET. ¡Chicas, chicas, militares!
RAF. (Este es nuestro hombre, Diego.)
SARG. ¿Sabrán ustedes decirme
en dónde se encuentra el pueblo
del Carrascal del Obispo?
DIEGO. A la vuelta de ese cerro,
como á unos doscientos pasos
de este valle.
SARG. Agradeciendo.
ANAST. Y aunque sea descortesia,
¿se viene por mucho tiempo
al Carrascal?
SARG. Si el alcalde
llevó ya á cabo el sorteo,
pernoctaré cuatro dias,
porque yo aqui solo vengo
á llevarme los muchachos
que han tenido el privilegio
de sacar la bola negra.
DIEGO. Militar, está usted viendo
á los dos reclutas.
SARG. (Colocándose con énfasis delante de Diego y Rafael.)
¿Sois
vosotros?
DIEGO. Si.
SARG. Me alegro,
pues no teneis mucha carne
en las cejas, y os prevengo,
que soy hombre de experiencia:
en cuanto atisbo á un sujeto
le echo el fallo: antes de un mes,
os hago cabos primeros.
ANAST. ¡Qué fortuna! ¿Y tendrán vara?
SARG. ¡Si la tendrán!... ¡Ya lo creo!
la vida del militar
es una vida sin pero;
en teniendo buen estómago,
curiosidad y poco miedo,
está la fortuna hecha;
y si no dígalo *ego*,
que en ocho años de carrera
el galon canta, sargento.

(Alargando el brazo en direccion á un grupo.)
Conque, salud y pesetas.

DIEGO. Esta tarde nos veremos.

SARG. Cuando tú quieras. Muchachas,
no os olvideis del sargento.

(Vánse los soldados y el sargento por el puente. Sale de su casa el Padre Juan, trayendo del brazo á Maria y de la mano al niño que entró en la escena sétima.)

ESCENA XIV.

PADRE JUAN, MARIA, DIEGO, GASPAR, RAFAEL, PETRA, ANASTASIA, ROMUALDO, POBRES, NIÑOS, ALDEANOS, ALDEANAS.

PET. ¡Ya sale!

ANAST. Aqui reunios,
muchachos.

RAF. Diego, detente. (Deteniéndolo)

P. JUAN. ¡Hola! Ya espera la gente.
(Todos rodean al Cura y le van besando la mano.)
Dios os bendiga, hijos mios.
(Los niños rodean al Cura. Los aldeanos á Maria.)

DIEGO. (Es inútil, la he de hablar.
Rafael, luego partiremos.)

PET. (A Maria.) Baile esta tarde tendremos
en la plaza del lugar.
¿Vendrás, Maria?

MARIA. Si, iré
si su mercé lo consiente.

ANAST. Por divertirse la gente
no se enfada su mercé.

PET. Enfadarse, y se remoza
cuando la guitarra suena!
si él con nuestras penas pena,
y con nuestro gozo goza.
(Diego se acerca á Maria y la dice rápidamente.)

DIEGO. (Maria, hablarte quisiera
esta noche en tu ventana.)

P. JUAN. ¿Qué dice ese tarambana?

MAR. Nada.

GASP. (Se aman. Verdad era.)

P. JUAN. Despues que la misa oigais,
teneis libre el dia entero,
pero allá á la tarde, quiero
que al huerto á verme vengais.
(Los chicos se separan del Cura, y este se dirige al corro de aldeanos.)
Petrica, ¿cuándo te casan?
PET. Cuando se muera mi abuelo,
porque me deja un majuelo.
ANAST. Buenas ganas se nos pasan.
P. JUAN. ¿Teneis prisa?
ANAST. La mujer
es semejante á las flores,
en pasando sus verdores
no se la debe querer.
P. JUAN. ¿Y cómo va ese valor,
Lino?
UN POBRE. Asi, asi, mas la edad
no vence á la enfermedad.
P. JUAN. ¿Pero qué dice el doctor?
POBRE. Que es difícil que recobre
la salud sin viajar,
y como no puedo andar
y ademas me hallo tan pobre,
confio en Dios resignado
y en calma la muerte espero,
que aqui si mañana muero,
su mercé estará á mi lado,
y Dios sus justos enojos
cuando espire ha de aplacar,
si usted se digna cerrar
á mi cadáver los ojos.
P. JUAN. Piensa asi, que ha de valerte,
pues Dios de pagar no olvida,
la amargura de esta vida
con la gloria de la muerte.
(¡Maria! ¿Sabes si ayer
se cobró mi paga?)
MAR. No:
¿queria usted algo?
P JUAN. ¡Yo!
¡nada! ¡Qué le hemos de hacer!

Mi voluntad mira Dios,
pero en el caso presente
no sé quien es, francamente,
el mas pobre de los dos;
pero es triste á la verdad
no poderle ofrecer nada;
(Hablando consigo mismo.)
tal vez esta gente honrada...
Hijos mios, escuchad.—
(Todos rodean al cura.)
La limosna que se vierte
sobre la mano afligida,
bálsamo es comprado en vida
para hacer dulce la muerte,
que allá en la morada eterna
nuestra caridad se vé...
Ahora bien, como yo sé
que esta tarde en la taberna,
(á pesar de la pobreza
pues los tiempos no son buenos)
os gastareis á lo menos
cuatro cuartos por cabeza,
yo en vosotros confiado,
y el sacrificio no olvido,
esa cantidad os pido
para un pobre desgraciado.
El bien va del bien en pos
como van al mar los rios,
una limosna, hijos mios,
una limosna por Dios.
(El Padre Juan recorre los grupos con el sombrero en la mano y apoyada la otra en su baston. Los aldeanos depositan algunas monedas en el fondo del sombrero.)

RAF. (Diego, al tirano tenemos
muy cerca.)

DIEGO. (¡Mi padre!)

RAF. Si.

DIEGO. ¿En dónde?

RAF. Mírale allí.

DIEGO. (Pronto de dudas saldremos.)
(El Cura habrá vaciado el sombrero en manos del

pobre: se coloca delante de Diego y le dice este.)

DIEGO. Buen anciano, perdonad
si no os favorezco hoy.
¿Cómo he de daros si soy
pobre de solemnidad?

P. JUAN. ¡Pobre tú! ¿Te has chanceado?
Por rico aqui te se tiene.

DIEGO. Mal la riqueza se aviene
con un infeliz soldado. (Alzando la voz.)
Huérfano soy; de esta tierra
parto en busca de otra suerte;
ó una familia ó la muerte
pronto me dará la guerra;
que aqui, con dolor profundo,
he aprendido en mi agonia
que al morir la madre mia
solo me quedé en el mundo.
Id, pues: mi padre colijo
que os dará, muerta mi madre.

GASP. El padre dá por el padre,
(Adelantándose y dejando caer algunas monedas en el sombrero.)
pero no dá por el hijo.

DIEGO. Nunca dí por mano ajena
cuando por mí hacerlo puedo.
(Se quita una cadena que lleva al cuello, rompe un medallon de ella y arroja el resto en el sombrero.)
(Con tu retrato me quedo,
madre.) Ahí va esta cadena.

GASP. Padre Juan, ved que ese impio
esa joya dar no puede.

DIEGO. Aunque usted me desherede
daré siempre lo que es mio.

GASP. ¡Insolente!

P. JUAN. Atrás, mancebo.

GASP. ¡Oh! Dejad que á ese insensato...

DIEGO. Si yo soy un hijo ingrato,
¿qué nombre á usted darle debo?

P. JUAN. El de padre solamente,
el de padre, temerario,
ante el cual es necesario
que dobles la altiva frente.

—Y tú, que el pecho en pedazos
te rompe tu propia ira,
solo un hijo en Diego mira;
Gaspar, ábrele tus brazos.

GASP. ¡Mi abrazo á un hijo maldito!
Aquel que sus puertas le abra,
su misma ruina se labra
porque las tierras le quito.

(Todos los aldeanos se apartan de Diego, el cual contempla la escena con los brazos cruzados.)

P. JUAN. ¡Gaspar!

GASP. Aquel que una mano
amiga á mi hijo tienda,
que no cuente con mi hacienda.

MARIA. ¡Jesus!

P. JUAN. Silencio, inhumano,
que de oirte me extremezco;
aunque amarle al pueblo vedes
vedármelo á mí no puedes,
y yo mi casa le ofrezco.

DIEGO. ¡Señor! (Saliendo de su indiferencia.)

P. JUAN. Hijo mio, ven.

GASP. ¡Qué escucho!

P. JUAN. El hado fatal
te iba empujando hácia el mal,
yo sabré enseñarte el bien.

GASP. Soy su padre, ver con calma
no puedo...

P. JUAN. ¡Humana miseria!
¡Padre eres de la materia,
yo soy mas! que soy del alma.

GASP. Ved que sus instintos ví
y á nadie en maldad le igualo.

P. JUAN. Pues qué, ¿si no fuera malo
necesitara de mí?
A salvar al pecador
vino al mundo un Dios humano,
que no necesita el sano
el auxilio del doctor.

(María coge de la mano al Padre Juan y lo lleva al proscenio diciéndole en voz baja.)

MAR. Un secreto á usted confio

y que me perdone ruego.
Amo un hombre... ese hombre es Diego.

P. JUAN. ¡Diego! ¡Ah! ¿Qué hacer, Dios mio!
¿Y él te ama?

MAR. Con verdadera
pasion.

P. JUAN. ¿Y es puro ese amor?

MAR. A no ser asi, señor,
Maria ya no existiera.

P. JUAN. Hija, con doble razon
ahora mi amparo merece,
que el amor que puro crece
purifica el corazon.—
Diego, Maria desde hoy
tener debe en tí un hermano;
Maria, dále tu mano.

DIEGO. ¡Ah! (Le coge la mano.)

P. JUAN. Ya vuestro padre soy.

GASP. (Él mismo ha unido á los dos,
pero yo haré esa union vana)
(Se oye el tercer toque de misa.)

P. JUAN. Hijos mios, la campana
nos llama al templo de Dios.
(Los mozos abren paso. Maria y Diego cogidos de la mano entran en la ermita. El cura los sigue, rodeado de los niños. Detras marchan las aldeanas. Gaspar se queda en medio de la escena mirando con rabia la situacion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala baja en casa del Cura. Las blancas paredes de la habitacion no deben tener otro adorno que algunos cuadros de santos. Sobre la puerta de entrada, que debe hallarse al foro, una imágen de Cristo crucificado, delante de la cual arde una lámpara Un armario, sillas y demas muebles de pino. Hogar con lumbre al extremo del foro derecha. Todo debe respirar uncion y aseo.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, hilando, á la izquierda. DIEGO, leyendo á la derecha. ROQUE, en el centro del teatro, algo hácia el foro, se halla delante de una mesa, limpiando unos candelabros de bronce. Junto al hogar un pobre sentado.

ROQUE. ¿Segun parece, hoy le toca
comer en casa al tio Lino?
POBRE. Hoy me toca: como el Padre
Juan es tan caritativo,
admite un pobre á su mesa
todos los dias.
ROQUE. Dieguito,
¿qué lees?
DIEGO Los Evangelios.
ROQUE. Ese es el rey de los libros;
pero si tú vieras otro

que tiene el cura escondido,
muy bueno, que se intitula
El Genio del cristianismo,
¡cá!... si no es para contado;
si se queda uno bizco
cuando llega á aquel pasaje
en que se refiere el juicio
final... Tendrá una cabeza
regular el que lo ha escrito.

MAR. Ya ves si es bueno saber
de letras.

ROQUE. Pues por lo mismo
aprendí yo. Al Padre Juan
siempre estaré agradecido,
pues cuanto soy se lo debo
á él. Me quiere cual hijo,
y no conozco mas padre
que á él, porque los mios
me hicieron una partida
serrana, segun me han dicho.

POBRE. Roque, á los padres debemos
respetar siempre sumisos.

ROQUE. Pues qué, ¿yo no los respeto...
aunque jamás los he visto?
Pero fué chanza pesada:
figúrese usted, tio Lino,
que una mañana el buen Cura
se encuentra en la iglesia un lio;
le registra y me halla á mí,
es decir, á Roque, niño.
Si no hubiera tropezado
con un ser tan compasivo
como el señor Cura, á estas
horas me hallaba en el limbo

POBRE Á falta de un padre, Dios
te dió otro padre adoptivo.

DIEGO. (Estas páginas encierran
un mundo desconocido
para mí; mas al leerlas
siento que mi pobre espíritu
me abandona, en tanto que ella
ni una palabra me ha dicho.

Entre su amor y mi orgullo
¿quién de ambos será vencido?)

ROQUE. (Si yo me atreviera... Roque,
los veintidos no has cumplido,
y es preciso que hagas méritos
para pedir beneficios.)

MAR. Mucho tarda su mercé,
Roque.

ROQUE. Si quieres, de un brinco
voy á la aldea á buscarlé.

ESCENA II.

DICHOS, el PADRE JUAN por el foro.

P. JUAN. Salud y paz, hijos mios. (Entrando)

MAR. Gracias á Dios.
(Maria le quita la capa, Roque el sombrero y el baston, y le coloca una silla junto al hogar.)

P. JUAN. ¿He tardado?

MAR. Ya lo creo.

ROQUE. (Tocándole las manos.) ¿Está usted frio?
¿Pongo mas leña?

P. JUAN. (Sentándose junto al hogar.) No; basta
con lo que hay. ¿Habeis comido?

MAR. ¿Sin estar su mercé en casa?

P. JUAN. ¿Pues mil veces no os he dicho
que no me espereis? Los viejos
tenemos poco apetito,
y dejamos por un rayo
de sol, el manjar mas rico.

MARIA. ¿Dónde ha estado usté?

P. JUAN. En el monte
á pasear con unos niños,
y luego á la vuelta entré
á ver al pobre Benito,
que si Dios no hace un milagro,
se muere, y deja tres hijos
y una esposa en la miseria.
Diego: ¿estás ahí, hijo mio?
(Reparando en Diego, que no ha dejado de leer.)
Ven, hombre, ven, y perdona

porque no te habia visto.

DIEGO. Perdonar, señor; yo soy (Acercándose al Cura.)
el que perdon necesito;
pues cuando usté entró, no dije...

P. JUAN. Ya sé que no eres amigo
de conversacion inútil.

ROQUE. Ni media palabra ha dicho
desde que usted se marchó...

P. JUAN. ¡Qué tal! ¿te gusta ese libro?

DIEGO. Señor, leyendo sus páginas (Bajo al Cura.)
me avergüenzo de mí mismo.

P. JUAN. Diego, su lectura calma (Bajo á Diego.)
las batallas del espíritu.
(Siguen hablando en voz baja.)

MARIA. Ni una vez sola sus ojos
se encontraron con los mios.

ROQUE. Maria, quieres echar
un ojo á ver si estan limpios.
(Enseñándolo los candelabros.)

MARIA. Como un espejo.

ROQUE. Un espejo
son tus ojos, donde miro
mis penas, mis alegrias...

MARIA. ¿Qué dices?

ROQUE. ¡Nada! No chisto.
(Se vá al extremo opuesto. Diego besa la mano al Cura, vuelve á sentarse donde estaba y continúa leyendo. El Cura se dirige adonde está el pobre.)

P. JUAN. ¿Y cómo van esos males?

POBRE. Tal cual.

P. JUAN. ¿Hoy comes conmigo?

POBRE. Si, señor.

P. JUAN. ¿Cuándo es la marcha?

POBRE. Si pudiera ser, hoy mismo;
pues gracias á su mercé,
tengo lo que necesito
para emprender el viaje,
que dé á mis males alivio.

P. JUAN. ¿Has hilado mucho? (A Maria.)

MARIA. ¡Vaya!
Como que ya he concluido.
¡Mire usted qué lana! (Enseñándole una madeja.)

P. JUAN. ¡Hermosa!
debe ser de mucho abrigo?...
y en verdad que me hace falta,
pues tengo sesenta y cinco;
y si he de alargar un poco,
que me cuides es preciso.
MARIA. ¿Tiene usted queja de mí?
P. JUAN. No, hija mia; pero Lino
tendrá hambre; conque arregla
la comida.
MARIA. Voy. (¡Dios mio!) (Mirando á Diego.)
haz que termine esta lucha.)
ROQUE. ¿Te ayudo yo? (A Maria.)
MARIA. No es preciso.
(Entra por la izquierda.)
ROQUE. (De hoy no pasa sin decirla
que la amo.)

ESCENA III.

DICHOS, menos MARIA.

P. JUAN. Ahora, hijos mios
necesito de vosotros.
ROQUE. Aqui estoy yo.
P. JUAN. En el camino
del pueblo encontré á dos pobres,
y en sus semblantes he visto
las huellas del hombre; esperan
en el puente... Vé tú, Lino,
y tráelos á esta casa
para que coman contigo.
(Lino se vá por la puerta del foro.)
Y tú, Roque, vas á hacerme
otro favor.
ROQUE. Veinticinco
si es necesario.
P. JUAN. Ya sabes
en donde vive Benito.
ROQUE. ¿El que está enfermo?
P. JUAN. Si: dile
á su mujer, que te envio

yo, y le das este pan
y esta camisa. (Saca los objetos del armario)

ROQUE. De un brinco...

(Se dirige al foro y el Padre Juan le detiene.)

P. JUAN. Hombre, espera... á ver
si tengo por los bolsillos... (Se registra.)
¡Ah! si: toma esta peseta,
y le dices que confio
antes de poco, poder
socorrerles... ¡Ah! y al mismo
tiempo, á Gil el estanquero
le preguntas, si ha venido
el pagador, y en tal caso...

ROQUE. Si, ya sé: recojo el trigo.
Con Dios.

P. JUAN. ¡Ah! y á don Gaspar, (Bajando la voz.)
al padre de... (Señalando á Diego.)

ROQUE. Lo he cogido.

P. JUAN. Le dices que yo quisiera
hablarle... y nada mas, hijo.
(Roque se marcha por el foro.)
Por probar nada perdemos;
y si las paces consigo...

ESCENA IV.

PADRE JUAN, DIEGO.

P. JUAN. La triste meditacion
(Viendo á Diego meditabundo.)
en que ese mancebo se halla,
me revela la batalla
que agita su corazon.
(El Padre Juan se acerca á Diego, y le pone una mano en el hombro. Diego se levanta.)
Diego, por tu mal me aflijo,
y verte feliz espero:
si como un padre te quiero,
quiéreme tú como un hijo.
Desahoga el dolor profundo
que tu corazon devora;
que á consolar al que llora

vino el padre Juan al mundo.

DIEGO. Desde que entré en esta casa
respiro tanta terneza,
que se ofusca mi cabeza,
que no sé lo que me pasa.
Siento un bien desconocido
que mi corazon ansiaba;
el que mi madre me daba,
el que con ella he perdido;
y al luchar conmigo mismo
en mi amargo desconsuelo,
tan pronto entreveo el cielo
como entreveo el abismo;
que al pensar la horrible suerte
que me brinda el porvenir,
no sé si debo vivir
ó si debo darme muerte

P. JUAN. Diego, la vida no es tuya;
de ella no has de disponer;
si Dios te la dió al nacer,
deja que Dios la destruya.

DIEGO. ¿Mas quién esta lucha calma
en que sin cesar me agito?

P. JUAN. ¿Quién? Ese libro bendito,
que es el bálsamo del alma.
Tu dicha estriba en que caiga
á los pies de un padre anciano
el resto de orgullo vano
que en tu corazon se arraiga.

DIEGO. ¿Olvida usted que jamás
me recibirá en su seno?

P. JUAN. Hijo, cumple como bueno,
y deja á Dios lo demas ..

DIEGO. ¿Mas si él con indignacion
mi humildad, esquivo, ahuyenta?...

P. JUAN. Setenta veces, setenta
vuélvele á pedir perdon;
y si aun no cede, te exijo
que otras tantas perdon pidas;
si de hacerlo asi no cuidas
siempre serás un mal hijo.
Y ¡ay!... si con temeridad

tu exaltada mente olvida,
que hay una conciencia en vi.
y un juez en la eternidad.

DIEGO. Señor, negarme no quiero;
que usté es el único ser
que me llegó á comprender,
á quien amo, á quien venero.
Si, este es el libro que inunda
de luz y vigor la idea;
deje usted que el libro lea
para que valor me infunda.
Quiero aspirar los suaves
consejos que nunca oí.

P. JUAN. Léelo, pero no aqui.

DIEGO. ¿Dónde?

P. JUAN. Do cantan las aves.
Allá, al pie de una colina
lee ese libro con calma;
que allí se engrandece el alma
porque allí á Dios se adivina;
porque allí con santa uncion
la eternidad vé el cristiano,
porque allí se vé la mano
del Dios de la creacion.

DIEGO. Parto, pues, antes que incline
mi fé el torcedor hastio.

P. JUAN. Dame un abrazo, hijo mio.

DIEGO. ¡Señor!...

(Abraza al Cura, y sale precipitadamente por el foro.)

P. JUAN. Que Dios te ilumine.

ESCENA V.

El PADRE JUAN se sienta al hogar.

¡Magnífico, si, magnífico!
El chico se halla inclinado
á hacer las paces; ahora
viene el padre, lo preparo,
gruñe un poco, pero al fin
lo olvida todo un abrazo.

ESCENA VI.

El PADRE JUAN, LINO y dos pobres por el foro.

LINO. Por aqui. (Desde fuera.)
P. JUAN ¿Quién es?
LINO. Soy yo.
P. JUAN. ¡Ah! bien, adelante, hermanos;
en el comedor espera
Maria.
(Los pobres le besan la mano, y se arrodillan á sus pies.)
¿Qué es esto? Vamos,
no hay que afligirse, que Dios
no olvida á los desgraciados.
(Los tres pobres entran por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

El PADRE JUAN.

Esto es un valle de lágrimas.
Ahora mismo esos ancianos
que viven de la limosna,
que duermen en despoblado;
en esa edad en que el hombre
mas necesita el descanso...
Si yo pudiera ofrecerles
un rincon... El honorario
es tan corto, que aunque quiera
no puedo alargar el brazo;
pero en fin, ¿qué hemos de hacer?
Yo entre los pobres reparto
media paga, y en el pueblo
no me tendrán por ingrato.
El oro, el oro es la línea
que divide á los humanos,
el cual hace que olvidemos
que todos hácia un fin vamos,
unos cubiertos de galas,

otros cubiertos de harapos.

(El Padre Juan apoya la cabeza en las manos, quedándose en una actitud pensativa. Maria sale, se asoma á la ventana y dice allí los primeros versos.)

ESCENA VIII.

PADRE JUAN, MARIA.

MAR. (Ya se fué, ni una palabra
me ha dirigido el ingrato.)
(Se queda apoyada en la ventana.)
P. JUAN. ¿Qué buscas, Maria?
MAR. Nada.
P. JUAN. ¡Tú estás triste! ¡Tú has llorado!
MAR. No, señor.
P. JUAN. ¿Estoy yo ciego?
Esto ¿qué es?
(Le limpia una lágrima con la yema del dedo.)
MAR. No lo sé.
(Dejando caer la cabeza sobre el pecho.)
P. JUAN. Vamos,
Maria, nada me ocultes;
piensa que hace muchos años
que tu madre, hermana mia,
te confió á mis cuidados,
que desde entonces ha sido
padre para tí este anciano,
y una ingratitud seria
no amarme como te amo.
MAR. Yo le amo á usted mas que á todos
los del mundo.
P. JUAN. Exceptuando
á Diego, ¿eh?
MAR. Mas que á Diego.
P. JUAN. ¿Si? (Lo dudo.)
MAR. ¿Usted le ha hablado?
P. JUAN. Si, y espero antes de poco
tener buenos resultados,
que aunque Diego se resiste,
correrá al fin á sus brazos.
MAR. ¡Dios lo quiera! que es muy triste

ver que se marcha un muchacho
á servir al rey, pues dicen
que la vida del soldado
es muy azarosa.

P. JUAN. Mucho.

MAR. ¿Y usted se opondrá?

P. JUAN. Yo trato
de oponerme; pero...

MAR. Vaya
si se opondrá usted.

P. JUAN. Es claro.

MAR. Porque si él se marcha...

P. JUAN. Entonces
¿qué hemos de hacer?

MAR. Evitarlo.
Y ahora que me acuerdo, tengo
que reñir á usted.

P. JUAN. Sepamos
los motivos.

MAR. Los motivos
son esos dos convidados.
Usted no me ha dicho...

P. JUAN. Es cierto,
fué un convite inesperado:
como estás acostumbrada,
no pensé...

MAR. Pero es el caso...

P. JUAN. ¿Qué? ¡Vamos!

MAR. Que la comida
de hoy no presta para tantos.

P. JUAN. No te apures, esa es gente
muy llana, improvisa algo.

MAR. Es que usted sin duda olvida
que no puedo improvisarlo.

P. JUAN. ¿Que no puedes?

MAR. No.

P. JUAN. ¿Por qué?

MAR. No hay nada.

P. JUAN. Si; en el armario (Abriéndole.)
vi...

MAR. Dos panes.

P. JUAN. (Saca un pan del armario.) No, que es uno.

MAR. ¿Y el otro?
P. JUAN. ¿El otro? Lo he dado.
MAR. ¿Y qué hacemos?
P. JUAN. No te apures:
casualmente aqui te traigo
cuatro reales. Una misa
que me encargó el boticario
para su difunta esposa:
poco es; pero siempre es algo.
(El Padre Juan busca por todos los bolsillos.)
MAR. ¿No los halló usted?
P. JUAN. No: ¡ah!
no los busco, que es en vano.
MAR. ¿Los dió usted?
P. JUAN. (Despues de un momento.) Si.
MAR. Pues entonces
¿qué hacer?
P. JUAN. Nos hemos salvado.
(Despues de una pausa.)
Mata la gallina.
MAR. Pero
si usted la dió!...
P. JUAN. Mata el gallo.
MAR. Si usted le dió.
P. JUAN. Pues entonces
yo no sé lo que me hablo.
MAR. Yo lo arreglaré.
P. JUAN. Me ocurre
una idea. ¿Para cuántos
hay comida?
MAR. Para tres,
y somos seis.
P. JUAN. No; sois cuatro.
MAR. ¿Cuatro?
P. JUAN. Roque come fuera.
MAR. Pero ¿y usted?
P. JUAN. ¡Yo! ¡Estoy malo!
MAR. ¡Malo! ¡Dios mio!
P. JUAN. No es nada,
no te asustes: sangro el plato,
porque asi á mi edad conviene...
pero salgamos del paso:

dáles de comer, y díles
que luego iré á echar un párrafo
con ellos.

MAR. Si usted lo manda...

P. JUAN. Te lo ruego.

(Maria saca del armario el mantel y el pan y se asoma á la ventana.)

Me he salvado;
y despues, aunque yo ayune
por ellos, ¿no son hermanos?

(Maria desaparece por la puerta de la izquierda, á tiempo que entra Roque por el foro, llevando un pañuelo en la mano, que figura contener dinero.)

ESCENA III.

EL PADRE JUAN y ROQUE.

ROQUE. ¡Aqui estoy yo!

P. JUAN. ¿Ya has cumplido
la comision?

ROQUE. Si, y le traigo
la cosa

P. JUAN. ¿Qué cosa?

ROQUE. El trigo. (Movimiento del Cura.)
El dinero!...

P. JUAN. ¡Hola! ¿Has cobrado?

ROQUE. Si, señor, en calderilla.

P. JUAN. Bien; déjalo en el armario.
Saca papel y tintero,
porque es preciso con tacto
hacer la distribucion
de la limosna. ¡El curato
es tan pobre! El pie de altar
solo nos da malos ratos,
y la *cóngrua* poco ó nada
aumenta nuestro honorario.
Solo el *rex augusta domi*
preciso llega á mis manos;
pero hay enfermos, hay pobres,
y partirle es necesario.

ROQUE. Tengo unas ganas de ver

el altar bien adornado.

P. JUAN. Pues yo no.

ROQUE. Si está mas pobre!...

P. JUAN. Hijo, el lujo del cristiano
está en sus obras; el cáliz
de oro y el cáliz de estaño,
son iguales á los ojos
del Dios que nos hizo hermanos.
El adorno del altar
está en los cabellos blancos
del cura, que ha envejecido
en la oracion. No hay ornato
como el que ofrecen los fieles
ante Dios arrodillados.

ROQUE. No valga lo dicho.
(Roque saca del armario papel y tintero y lo deja encima de la mesa.)

P. JUAN. Sientate
y escribe.

ROQUE. Ya estoy sentado.

P. JUAN. Catorce reales á Petra,
(Se pasea mientras dicta. Roque escribe.).
que tiene el esposo malo.
Veinte para los dos pobres
que tenemos convidados.
Seis reales para comprarle
á Perico unos zapatos.

ROQUE. (Si no le corto los vientos
nos va á dejar sin un cuarto.)
Y diga usted, padre Juan:
¿nosotros somos cristianos?

P. JUAN. ¡Hombre! ¿y por qué lo preguntas?

ROQUE. Porque en este calendario
que usted me dicta, jamás
aparecen nuestros santos.

ESCENA IX.

DICHOS, GASPAR, por el foro.

GASP. Dios sea aqui. (Entrando.)

P. JUAN. ¡Hola! ¡Gaspar!..

Vete, Roque.—Bien llegado.—
Vete.

ROQUE. ¿Se vá usté á quedar (En voz baja)
á solas con este pájaro?

P. JUAN. Si, vete, ya acabaremos
las cuentas.

ROQUE. Pues cerca aguardo.
(Del mal el menos; veré
á Maria.)
(El Cura le indica con un ademan que se marche.)
Bien, me marcho.
(Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA X.

El PADRE JUAN, GASPAR. Pausa.

GASP. Usted me mandó llamar
y vengo...

P. JUAN. Bien, siéntate.
(Le coloca una silla junto á él.)

GASP. Gracias, estoy bien de pié.

P. JUAN. Como tú quieras, Gaspar.
Mas te advierto que mal haces
en venir tan enfadado;
pues yo solo te he llamado
para que hagamos las paces.

GASP. Pues inútil me parece
la llamada, segun creo;
ni yo las paces deseo,
ni usted las paces merece.

P. JUAN. Gaspar, por tu bien te ruego,
que me hables mas comedido.

GASP. Es que la causa he sabido
por que usted protege á Diego.
Y no con poca extrañeza
veo, aunque usted lo ha callado,
que imprudente ha deshonrado
las canas de esa cabeza.

P. JUAN. ¿Qué es eso de deshonrar?
Modera tu genio inquieto,
que al que no falta al respeto,

no se le debe faltar;
y esta reprension la digo
alargándote una mano,
que aun puede este pobre anciano
honrarte siendo tu amigo.

GASP. Señor, aqui está mi chico;
pero á mí se me figura
que la protecion del cura
es porque su padre es rico.

P. JUAN. Eso piensa tu malicia.

GASP. Eso pienso y dí mis pasos,
que nadie arregla estos casos
mas pronto que la justicia.

P. JUAN. ¿La justicia has dicho?

GASP. Si.
Ya quedó el juez enterado,
y bien por fuerza ó de grado
mi hijo ha de salir de aqui.

P. JUAN. ¿Y adónde irá?

GASP. No me importa.

P. JUAN. ¿Y si él á la paz se aviene?

GASP. Eso es lo que á usted conviene.

P. JUAN. Gaspar, tu lengua reporta;
que este anciano que adivina
tu dolor, por tí se afana;
mas que la justicia humana
necesitas la divina.
Tu hijo hace poco me dijo
que de él mismo se sonroja;
si él á tus plantas se arroja,
Gaspar, perdona á tu hijo.

GASP. Padre Juan, ya mas no arguya,
que mi paciencia es escasa;
antes de arreglar mi casa
debe usté arreglar la suya.
Su sobrina tiene amor
á mi hijo ó á su dote,
y no es bien que un sacerdote
sea de ambos protector.

P. JUAN. Su madre era hermana mia
y fué de virtud modelo;
sobre el polvo de este suelo

virtuosa alienta Maria;
que en su pecho virginal
puro ese amor vive y crece,
y es el que á tu hijo engrandece
y va apartando del mal.

GASP. Pues ya el pueblo ha murmurado
de esa proteccion prestada.

P. JUAN. El pueblo no ha dicho nada;
me conoce demasiado.

GASP. Si llega el caso al extremo
que el juez dicte una sentencia ..

P. JUAN. Tranquila está mi conciencia;
á nadie en el mundo temo.

GASP. Esa proteccion tambien
dictar pudo el egoismo.

P. JUAN. Tus palabras, ni tú mismo
las crees, lo sé muy bien.
Nadie dirá, estoy sereno,
que por mi bien propio arguyo,
que el que reparte lo suyo
mal puede querer lo ajeno.

GASP. (La calma, la indiferencia
con que responde, me exalta!
¡Por mi padre, que me falta
para escucharle paciencia!)
Acabemos: ¿quiere usted
despedir á Diego?

P. JUAN. No:
enfermo en mi casa entró;
saldrá cuando sano esté.

GASP. Tema usted...

P. JUAN. No temo nada,
pues nunca el peligro ofusca
al pobre pastor que busca
la oveja descarriada.
Tu Diego la oveja es,
que del rebaño se aleja:
Dios me manda que esa oveja
conduzca á tus mismos pies.

GASP. ¡Por qué á un hijo ingrato abona
y mis acciones afea
un pobre cura de aldea,

un mendigo con corona!
¿Quién es usted, que esta lucha
de su honor defiende en mengua?

P. Juan. ¡Sacrílego! ¡Ten la lengua!
Arrodíllate y escucha.
Soy un hombre sin familia,
á quien todas pertenecen;
que busca á los que padecen,
que sus males reconcilia;
á cuyos pies los cristianos
depositan sin recelo,
con lágrimas de consuelo
sus mas ocultos arcanos.
Soy la humana providencia
que consuela al pecador,
el único mediador
del poder y la indigencia.
El hombre cuyos consejos
raudales son de cariño,
el que enseña el bien al niño,
la eternidad á los viejos.
Un hombre á quien nunca olvida
ni el rico ni el pordiosero
de tener por compañero
en las penas de su vida.
Un ser que al mundo ha venido
á calmar el sufrimiento,
á dar su pan al hambriento
y su hogar al desvalido.
El que vino aqui á sufrir
y á endulzar tu padecer,
el que bautiza al nacer,
el que bendice al morir,
el que pregona la fé
de una religion divina,
ante el cual la frente inclina
el que culpable se vé.
El que va del bien en pos
sin mirar clase ni nombre,
el que en el mundo del hombre
es un destello de Dios.
Un ser á quien sin razon

hiciste el pecho pedazos,
pero que te abre los brazos
para pedirte perdon.

GASP. ¡Señor!...

P. JUAN. ¿Por qué te detienes
cuando impaciente te espero?

GASP. ¡Qué vergüenza!

P. JUAN. Si te quiero,
¿por qué á quererme no vienes?
Ven, y si tu dicha labro,
en recompensa te exijo
que abras tus brazos á tu hijo,
como yo mis brazos te abro.

(El Padre Juan se queda con los brazos extendidos hácia Gaspar, el cual, con la frente inclinada y avergonzado de sí mismo, permanece inmóvil.)

ESCENA XI.

DICHOS, ROQUE que aparece en la puerta de la izquierda.

ROQUE. ¡Don Gaspar, arrodillado
(Acercándose á D. Gaspar.)
se habla aqui; abajo esa frente!
(Cogiéndole del brazo con fuerza y obligándole á que se arrodille á los pies del Cura.)

GASP. ¡Oh, rayos!
(Luchando por desasirse de las manos de Roque.)

P. JUAN. Roque, detente.
¡Atrás! (Pausa.) ¿Conque has olvidado
(Colocándose entre los dos. Pausa.)
que se debe respetar
como á un padre, á todo anciano?

ROQUE. Señor...

P. JUAN. Bésale la mano.

ROQUE. Voy... (Besa la mano á Gaspar.)

P. JUAN. Perdónale, Gaspar.

ESCENA XII.

DICHOS, DIEGO por el fondo, MARIA por la izquierda.

DIEGO. ¡Mi padre! (Entrando.)
P. JUAN. ¡Hijo mio! ¡Avanza!
¿Tú, Gaspar, qué esperas ya?
GASP. Dejadme!...
(Despues de un momento de lucha, desaparece precipitadamente por el foro.)
ROQUE. Se marcha.
P. JUAN. ¡Ah!
(Dejándose caer en un sitial.)
DIEGO. ¿Lo vé usted? (Al Padre Juan con sentimiento.)
MAR. ¡Muere, esperanza! (Pausa.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos GASPAR.

ROQUE. ¡Qué mal hombre!
P. JUAN. Y bien mirado,
(Hablando consigo mismo.)
su enojo es muy natural.
Si; yo le traté tan mal...
ROQUE. ¿Usted, señor?
P. JUAN. Le he faltado.
ROQUE. Señor Cura, él sin razon
le dijo á usted cosas graves.
P. JUAN. Bah, bah, bah, hah, ¿tú qué sabes?
Debo pedirle perdon.
DIEGO. Señor, eso es demasiado.
P. JUAN. Demasiado para tí,
pero lo que es para mí...
¡Estoy tan acostumbrado!...
ROQUE. Iré con usted, no quiero...
no sea que ese hombre...
P. JUAN. No;
quédate en casa, iré yo
solo. El baston, el sombrero.
Al mismo tiempo veré

si logro al fin que los dos...
Vaya, hijos mios, con Dios;
no lloreis, pronto vendré. (Váse por el foro.)

ESCENA XIV.

DIEGO, MARIA, ROQUE.

ROQUE. (Pausa. Roque contempla un momento la triste actitud de Diego y Maria: hace un esfuerzo, y acercandose á Diego, le dice sacando una llave del bolsillo.)
Diego, esta llave te entrego,
que es de mi celda en la ermita:
por si murmuran, habita
de noche en mi cuarto, Diego.
Ya que ella su amor te ofrece,
hazte digno de su amor.

DIEGO. Gracias, Roque; en su dolor
Diego su amistad te ofrece.

ROQUE. Yo la acepto, mas quisiera,
pues no os puedo dar consuelo,
que os hablarais sin recelo,
como si yo no estuviera.
Su merced me hizo quedar,
y aqui estoy, pues lo ha mandado;
pero hablaos sin cuidado,
Roque no os ha de escuchar.
(Roque se sienta al fuego y apoya la frente en las manos. Pausa.)

DIEGO. Maria, si hoy de tu lado
me arranca el hado inclemente,
guarda un recuerdo en tu mente
para el infeliz soldado.

MAR. Piensa, Diego, que Maria
no soportará tu ausencia;
que es muy débil su existencia
para tan larga agonia.
Si de mi lado te alejas
romperá tu amor sus lazos,
y el corazon en pedazos
dentro del pecho me dejas.

DIEGO. ¿Qué debo hacer?

MAR. Con dolor
te veo huir de esta tierra,
que el estruendo de la guerra
mata el grito del amor.

DIEGO. Nunca, y si la suerte impia
corta en la guerra mi aliento,
mi postrimer pensamiento
será para tí, Maria.
No temas que la ambicion
mate, por su afan de gloria,
tu imágen, que es mi memoria;
tu amor, que es mi corazon.

MAR. Por esa imágen sagrada,
(Coge á Diego de una mano y lo conduce delante de la imágen de Cristo.)
que comprende mi tormento,
yo te empeño el juramento
de esperarte resignada.

DIEGO. ¡Ah, gracias! Partir ya puedo
al menos mas consolado.

MAR. Mas que no olvide el soldado
que sin corazon me quedo.

DIEGO. ¿De mi amor puedes dudar?
Si me libro de la muerte
mi mano vendré á ofrecerte
para llevarte al altar.

ESCENA XIV.

DICHOS, RAFAEL, por el foro.

RAF. ¿Se puede entrar?

ROQUE. Adelante.

RAF. Adios, Roque; adios, Maria.

DIEGO. Rafael, ¿qué ocurre?

RAF. Venia
á decirte que un instante
te quiere el alcalde hablar.

DIEGO. ¿Sabes para qué?

RAF. Lo ignoro.
(Diego habla con Maria aparte.)

ROQUE. ¿Tambien te cogió á tí el toro?

RAF. Si, por Dios, soy militar.
Mas no trato de importuna
como algunos á la suerte: (Mirando á Diego.)
ó tropiezo con la muerte,
ó cargo con la fortuna.

DIEGO. Vamos pues. (A Rafael.)

RAF. Adios, paisano.

(A Roque. Váuse Diego y Rafael por el foro.)

ESCENA XV.

MARIA, ROQUE. Pausa

ROQUE. (La está matando la pena,
siendo tan pura, tan buena.)
Maria, yo soy tu hermano,
es decir, lo quiero ser,
si es que tú quieres, Maria;
y mi existencia daria
por no verte padecer.
El dinero condenado
es causa de tu dolor:
tú tienes á Diego amor,
y Diego se va soldado.
Yo no le puedo librar,
pues sabes que no soy rico;
pero, en fin, soy un buen chico;
no quiero verte llorar;
que aunque él la dulce esperanza
de mis ensueños mató,
el Padre Juan me enseñó
á despreciar la venganza.
Asi, pues, alegra el gesto,
y si hallas modo ó manera
en que serle útil pudiera,
manda, á todo estoy dispuesto.

MAR. Para mis males no hallo,
Roque, remedio ninguno.

ROQUE. Pues yo he de buscar alguno.

MAR. No existe.

ROQUE. Entonces me callo.

(Roque se apoya en el cancel de la ventana.)

ESCENA XVI.

DICHOS, EL PADRE JUAN, por el foro.

MAR. ¿Vió usted á su padre? (Con afan.)
P. JUAN. No:
fuí á su casa, pregunté,
y por mas que supliqué,
á admitirme se negó.
Conociendo que era en vano
lo dejé para otro dia.
(Reparando en Maria, que se cubre el rostro con las manos.)
¡Lloras!... ¡por piedad, Maria!
¡no aflijas mas á este anciano!
MAR. Mañana es tarde, señor.
P. JUAN. ¡Tarde!
MAR. ¡Se marcha!
P. JUAN. ¡Dios mio!
MAR. Ya solo en usted confio,
que comprende mi dolor.
P. JUAN. Y haces bien en confiar,
que verte sufrir no quiero.
Valor, Maria, yo espero
que Dios no me ha de olvidar.
Roque, el sombrero, el baston
de viaje.
(Roque mira con asombro al Cura: luego desaparece por una de las puertas laterales y vuelve á salir con las prendas indicadas.)
MAR. ¡Qué oigo!
P. JUAN. Un abrazo.
MAR. ¿Me deja usté?
P. JUAN. Es corto el plazo
de nuestra separacion.
Por esos pueblos sumiso
á los fieles pediré;
venderé ó empeñaré
mi paga, si asi es preciso.
Iré á Salamanca, allí
la ciudad

tengo amigos, hija mia,
y ellos, al ver mi agonia
tal vez se apiaden de mí.
Si no evito asi su ausencia,
veré á la reina, si quieres,
la diré que tú te mueres
y le dará la licencia.
A acompañar á su cura
irá todo el pueblo entero,
y que le cuente él espero
tu virtud y tu amargura.
Que nunca las soberanas
vieron con ingratitud
sesenta años de virtud
coronados por las canas.

MAR. ¿No le arredra á usté el pensar
la soledad del camino?

P. JUAN. Hija, el pobre peregrino
tan solo piensa en rezar.
Mas ¿qué importan las fatigas
á que con placer me entrego,
si logro salvar á Diego,
si al fin tus penas mitigas?
(Roque sale con el sombrero y el baston.)

MAR. ¡Ah! mi esperanza renuevo.

P. JUAN. Maria, la fé cristiana
todo en el mundo lo allana,
y la fé en el alma llevo.
Ella marca mi horizonte,
pues con fé puede el cristiano
convertir un monte en llano
y volver un llano monte.

MAR. Señor...

P. JUAN. ¡Adios, hija mia!
¡Un abrazo... y confianza!

MAR. Usted lleva mi esperanza.

P. JUAN. Dios mi incierto paso guia.
Adios, ruega por tu anciano. (Váse.)

MAR. Por él rogando aqui quedo.

ROQUE. Maria, salvarte puedo.
(Precipitadamente á Maria.)

MAR. ¡Roque!

ROQUE. Confia en tu hermano.

(Roque sale precipitado de la escena, Maria cae arrodillada delante de la imágen de Jesucristo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Huerto en casa del Cura. Una tapia de piedra rústica de tres palmos de elevacion cruza el escenario desde la tercera caja de bastidores: en el centro de esta, una puerta de troncos. En el primer término de la izquierda la fachada de la casa, con un emparrado, bajo el cual habrá un sillon de baqueta y dos bancos, colocados del modo mas conveniente: un robusto peral y una higuera. Al fondo, monte, y un puente practicables, cuyos senderos conducen á la casa del Cura.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, sentada en el sitial de baqueta que hay debajo del emparado. PETRA, ANASTASIO y varios aldeanos la rodean. Sobre el puente un grupo de aldeanos, otro en uno de los picos del monte y otro de muchachos en otra de las cimas de la colina. Por los senderos bajan y suben aldeanos, del modo mas conveniente para dar animacion al cuadro.

PET. Vamos, Maria, no llores.
MAR. ¡No he de llorar... ¡Pobre anciano!
ANAST. Si, ya verás como vuelve:
¡pues no que no!... ¡Voto al chápiro!
MAR. ¡Ay! Petra, dos dias hace
que se fué por esos campos
y otros dos que acongojada
en balde su vuelta aguardo.
¿Qué habrá sido de él?

PET. Maria,
vamos, no te aflijas tanto.
Dios nunca olvida á los buenos:
verás cómo vuelve.

MAR. Acaso...
¡Como es tan viejo!... ¡Dios mio!
me horrorizo de pensarlo.
Solo y en la noche oscura
esos caminos cruzando
entre las nieves del monte
y los peligros del llano...
Vamos: ¡no tengo razon
para llorar!

ANAST. Pues... ¡Canario!
ha de volver, porque aqui
todos le necesitamos
como al pan de cada dia,
como la lluvia al sembrado.
Si á la tarde cuando el sol
se esconda tras los ribazos
no ha vuelto, nos reunimos,
y en las borricas montando
nos desparramamos todos
hasta los fines del radio,
y de juro viene aqui
como dos y dos son cuatro.
Pues si por él nos iriamos
hasta á ver al Padre Santo!

UN ALD. Dice este bien.

ROM. Yo lo mismo.
digo, que dice Anastasio.

TODOS. ¡Y yo!

ANAST. ¡Si es nuestro consuelo!

ROM. Nuestro alivio.

ANAST. Nuestro paño
de lágrimas.

MAR. Os conozco
y sé que lo hareis.

ANAST. Es claro.

MAR. Gracias, mis buenos amigos;
mas temo que sea en vano.
Está el Padre Juan muy débil,

tiene sesenta y seis años,
y á esa edad, mata una noche
de frios y de cansancio.

UN MUC. (Del monte.) ¡Aleluya!

MAR. ¡Ah!

UN ALD. (De otro grupo.) ¡Aleluya!

OTRO. ¡Ahí está! ¡Él es!

MAR. ¡Vamos!

TODOS. ¡Vamos!

MAR. ¡Gracias, Dios mio!

UN ALD. (Desde el puente.) ¡Si es Diego!

MAR. No es él. ¡Valedme, Dios santo!

ESCENA II.

DICHOS, DIEGO, que aparece en la montaña desalentado y con muestras de cansancio. Baja en derechura á la escena y MARIA le sale al encuentro.

DIEGO. ¡Maria!

MAR. Diego, responde;
dime, ¿no le has encontrado?
¿No le has visto?

DIEGO. En todo, en todo
me es el destino contrario,
Maria. En vano en su busca
cien senderos he cruzado.
Sin concederme un minuto
de tregua, seguí sus pasos
por todas partes, por él
con ansiedad preguntando;
tan solo encontré á los niños
que de aqui le acompañaron,
y á los cuales despidió
por temor de fatigarlos.
¡Noble corazon!

MAR. ¡Dios mio!
¡Apiádate del anciano!

DIEGO. Seguí entonces hecho un loco
la ruta que me indicaron,
creyendo que al fin podria
por mi fortuna encontrarlo...

¡Empeño inútil! Me vuelvo
sin él, y desesperado.

MAR. ¿Y nadie le ha visto?

DIEGO. Nadie.

MAR. Ten piedad, Dios soberano;
tú que sabes que es la vida
de los que le amamos tanto!
¡Esto es horrible! A su edad
verse solo, extraviado,
quizás junto á un precipicio
esté á estas horas cruzando.

DIEGO. Calla por Dios, que me partes
el corazon en pedazos,
al pensar que soy la causa
de tu pena y su quebranto!

UN ALD. (Desde los picos de las montañas.)
Ahora sí que es él.

TODOS. ¡Él es!

UNO. Lo traen unos aldeanos.

MAR. ¡Haz que sea verdad, buen Dios!

UN ALD. Y lo viene acompañando
gente de Ciudad-Rodrigo.

DIEGO. Corramos.

TODOS. Si, si, corramos.

(Diego y aldeanos se precipitan á la montaña. Maria se queda esperando en la mayor ansiedad.)

MAR. Que no me engañe... ¡Ah! si, es él;
gracias, gracias, cielo santo.
(Corre á encontrarle.)

ESCENA III.

DICHOS, el PADRE JUAN, á quien llevan unos aldeanos sentado en una especie de camilla, hecha con ramas y troncos. Todos le rodean, unos le besan la capa, otros las manos; él se apoya en Maria y Diego, los cuales le sientan bajo el emparrado, en el sitial de baqueta.

P. JUAN. Ya por fin estoy aqui.

MAR. Señor...

P. JUAN. ¡Cuánto habrás llorado!

PET. Vamos á dar la noticia

al pueblo.

ANAST. ¿Manda usted algo?

P. JUAN. Solo quisiera, hijos mios,
que obsequiarais á los cuatro
mozos que aqui me han traido,
pues sin ellos á este anciano
le hubiera sido difícil
llegar á su casa.

ANAST. Vamos
al punto, que mi bodega
es bodega de buen año.

PET. Que descanse usted.

P. JUAN. Mil gracias.

MUC. 1.° Si usted se halla fatigado
hoy no daremos leccion.

P. JUAN. ¿Por qué no? Dentro de un rato
podeis volver, que esto pasa
como nube de verano.

MUC. Con Dios, padre Juan.

P. JUAN. Id, hijos:
que Dios os haga unos santos. (Vánse.)

ESCENA IV.

PADRE JUAN, MARIA, DIEGO.

MAR. ¿Tiene usted frio?

P. JUAN. No.

MAR. ¿Quiere
su mercé un poco de caldo?

P. JUAN. No tengo apetito, hija;
lo que yo tengo es cansancio:
ya ves, dos dias corriendo
por esos mundos, y al cabo
¿para qué? Para volver
como me fuí, sin un cuarto.

DIEGO. Y todo por mí.

P. JUAN. ¡Bah, bah!
Mira, Diego, no hagas caso:
las cosas del mundo siempre
se hacen de golpe y porrazo:
¿que esta salió mal?... Paciencia.

MAR. ¿Con que nada se ha alcanzado?
P. JUAN. Nada: llegué á Salamanca;
busqué á Pedro, recordando
de que los dos siendo jóvenes
juntos latin estudiamos:
pregunté en su casa; un viejo
me dijo riendo: «Santo
varon, si ese que usted busca
se murió hace veinte años.»
Me desorienté ante aquel
contratiempo inesperado:
salí á la calle, y de pronto
con un rótulo me hallo
que decia: «Prestamista.»
Subo, con el dueño hablo,
de mi visita le entero,
y entre cortés y turbado
me vino á decir: «Amigo,
usted tiene muchos años,
y antes de acabar la deuda
tal vez usté habrá acabado.»
Viendo mi poca fortuna
fuíme á los pueblos cercanos;
pero, hijos, se hallan tan pobres,
que todo mi afan fué vano.
Ya á tornar me disponia;
pero el camino es tan largo
y mi edad tan avanzada,
que me arrimé junto á un árbol
para recobrar las fuerzas,
que me iban abandonando.
Allí me encontró la noche,
y el frio, el hambre, el cansancio
pudieron mas que mi espíritu
y al fin caí desmayado;
y á no ser por unos mozos
compasivos, este anciano
ya no pudiera, hija mia,
estrecharte entre sus brazos.
DIEGO. Señor, yo no podré nunca
pagar beneficios tantos
P. JUAN. Yo solo la intencion puse.

MAR. Y hoy que se termina el plazo,
hoy que á los quintos se llevan...
P. JUAN. Fé y confianza tengamos,
hijos mios. Dios es grande.
¿Pero y Roque? Es muy extraño...
que no se halle aqui.
MAR. Hace poco
se encontraba.
P. JUAN. Mira, acaso
no fuera mal que dijeras
á Gaspar que aqui le aguardo.
DIEGO. Será inútil.
MAR. Por probar
nada se pierde.
P. JUAN. Está claro.
DIEGO. ¡Ah! no: el corazon me dice
que de ustedes me separo.
P. JUAN. Dios no lo querrá. Maria,
vé á buscarle; hagamos algo
por última vez.
MAR. Dios quiera
que al fin...
DIEGO. Ya todo es en vano.
P. JUAN. ¿Y qué sabes tú? Vé, hija,
yo aqui te espero. Mis párpados
se cierran á pesar mio.
MAR. Hasta luego. (Váse corriendo por el foro.)
DIEGO. Yo entre tanto
en casa estoy. (Señalando la del Cura.)
P. JUAN. ¿Qué, me dejas?
DIEGO. Así dormirá usté un rato.
P. JUAN. Bien lo necesito.
DIEGO. Entonces
hasta luego.
(Diego entra en la casa. El Padre Juan se queda en el sitial que hay debajo del emparrado.)
P. JUAN. ¡Pobre muchacho!
(Viendo desaparecer á Diego.)

ESCENA V.

EL PADRE JUAN.

Un frio, una pesadez
siento que me desagrada;
pero esto no será nada...
achaques de la vejez.
Há dos dias sin comer,
mucho andar y mal dormido;
yo de mis sueños me olvido
y ellos me vienen á ver.
¡Pobre Diego! Vanos fueron
los esfuerzos de este anciano,
pidió y al tender su mano,
como eran pobres no dieron.
Mas Dios dijo: *No dudeis:*
llamad y se os abrirá: [1]
pedid con fé *y se os dará:*
buscad con fé *y hallareis.*»
Y esas palabras, Señor,
que en esta tierra has sembrado
alientan á un desgraciado
para implorar tú favor:
y pues grande es tu clemencia,
derrama sobre este anciano
un destello soberano
de tu santa providencia.
(El Padre Juan cruza las manos en actitud de orar: reclina la cabeza sobre el respaldo del sillon y se queda dormido. Pausa.)

---

1 *Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y se os abrirá.* El santo Evangelio de Jesucristo, cap. VII, vers. 7, segun S. Mateo.

ESCENA VI.

EL PADRE JUAN, dormido. ROQUE, aparece en lo alto del monte, reconoce el terreno, y baja á la escena: se acerca á la casa del Cura; luego repara en el Padre Juan, y hace un movimiento de sorpresa; pero cuando se cerciora de que está dormido, saca de su seno una bolsa que figura estar llena de oro, y se arrodilla á los piés del Cura, le besa las manos, los pies y la frente. Deja la bolsa sobre las rodillas del Padre Juan y desaparece precipitadamen.e por la izquierda.

ESCENA VII.

El PADRE JUAN, despertando.

P. JUAN. ¿Quién me besa?... ni un instante
me dejareis descansar...
¿Vamos, vendreis á estudiar
los proverbios?... Adelante.
Venid... ¿os estais burlando
de mí?... Pues...
(Se levanta, y cae al suelo la bolsa que dejó Roque sobre sus rodillas.)
¿Qué se ha caido? (La recoge.)
¡Lo que pesa!... ¿habrán metido
piedras?...
(Lo abre, y al ver lo que contiene dice con asombro.)
¡Oro!... ¿Estoy soñando?
¡No, no! ¡lo miro! ¡lo toco!
¡Dinero! ¡Dios soberano!
¿Mas cómo llegó á mi mano?
Vamos, Juan, poquito á poco.
En casos excepcionales
la cachaza es lo primero.
(Registra la bolsa y cae un papel.)
¡Un papel entre el dinero!
Veamos. (Lee.) «Hay seis mil reales;
la cantidad necesaria
para salvar á un soldado.»—
¡Ah! ¡si, si; Dios me ha escuchado,

Dios ha oido mi plegaria!
El que mi frente besó,
el que este oro ha traido,
es él, estoy convencido,
Dios su corazon tocó.
Con delicadeza tal,
solo á un padre obrar le es dado;
por fin la fuente ha brotado
del cariño paternal.
¡Diego! ¡Maria! Corramos!...
El tiempo no malgastemos...
ya es libre, ya le tenemos
con nosotros... Le salvamos!...

ESCENA VIII.

El PADRE JUAN, DIEGO, que sale de la casa del cura.

P JUAN. ¡Ah! ¡Diego! este oro que ves
es suyo: él lo ha traido.
DIEGO. ¿Quién, señor?
P. JUAN. Se ha enternecido,
si, corramos á sus pies.
DIEGO. ¿Pero quién, señor?...
P. JUAN. Tu padre,
que ya por fin se ha apiadado,
que te libra de soldado,
que te ama como tu padre.
DIEGO. ¡Será verdad!
P. JUAN. Ni un momento
perdamos, corre sin pena;
cuando yo hago una obra buena
detras de mí queda el viento.
(Los dos salen precipitados. Al llegar al monte se debe conocer la fatiga que le cuesta al Padre Juan subir la empinada vereda que conduce al puente, por el que desaparecen los dos.)

ESCENA IX.

ROQUE, sale de entre las rocas de la izquierda y observa á Diego y al Cura; luego baja al proscenio

¡Pobre viejo! A cada instante
lo que hice menos me pesa;
que una alegria como esa
quita una arruga al semblante.
A lo hecho, pecho y valor,
y pues solo te han dejado,
Roque, llora sin cuidado,
que el llorar no es deshonor.
Aqui puedes sin testigos
y sin recelo ninguno
abrazar uno por uno
á tos callados amigos.
Adios, mi viejo peral: (Abrazándole.)
ya, Roque, como algun dia,
no irá arrojando á Maria
tu fruta en su delantal.
Adios, parra, adonde vimos
pasar nuestra edad mas bella;
este agosto para ella
no cogeré tus racimos.
Adios, tú, mi anciana higuera
á cuya sombra crecí,
dichoso Roque si aqui
bajo tu sombra muriera.
Cuando á los novios acojas
de tu viejo tronco al pié,
para que el sol no les dé,
apiña tus verdes hojas.
Y tú, mi casita vieja,
y tú, mi huerto adorado,
adios, que se va el soldado,
mas su corazon os deja.
(Roque se dirige al foro, á tiempo que entra Rafael y le detiene.)

ESCENA X.

ROQUE, RAFAEL.

RAF. Dime, Roque, ¿has visto á Diego?
ROQUE. No le he visto.
RAF. ¿Estará en casa
del Cura?
ROQUE. No.
RAF. ¡Voto al chápiro!
El sargento está que rabia
por largarse de la aldea,
y aqui á buscarle me manda.
ROQUE. Pues qué, ¿va al servicio Diego?
RAF. Su padre se llama andana;
y como no suelte el trigo,
el sargento lo reclama.
ROQUE. ¿Y quién sabe si á estas horas
es libre?
RAF. ¿Libre? ¡Ya baja!
¿Y cómo?
ROQUE. ¿Cómo ha de ser?
Dando los seis mil que marca
el reglamento: él es rico...
RAF. Si, muy rico; pero carga
con el chopo, como el hijo
de mi madre. Pero acaban
de decirme en la taberna
que habias sentado plaza.
ROQUE. No: me he vendido.
RAF. ¿Vendido?
ROQUE. ¡Vendido! ¿De qué te extrañas?
RAF. Hombre, ¿para qué querias
el dinero?
ROQUE. Cosa es clara;
cuando por él me vendí
es porque me hacia falta.
RAF. ¿Cuánto te dieron?
ROQUE. Seis mil
reales ~~en onzas rancias~~.
RAF. ~~¡En pelucones! Moneda~~

que siempre me fué simpática.
¿Quién te compró?

ROQUE. El regidor,
para el hijo de la Paca.
Rico es, no quiere servir,
busca quien le sirva y paga;
yo me ofrecí; voy por él:
me largó la mosca, y pata.

RAF. Pero siendo un cobardon
¿te has decidido?

ROQUE. Las balas
ni respetan al valiente
ni al cobarde; conque guarda
tu pellejo como puedas
y por mí no pases ansias.

RAF. Mucho sentiré que Diego
no venga en nuestra compaña.

ROQUE. No quieras el mal del prójimo.
Vamos, que el sargento aguarda.
(Vánse por la derecha, á tiempo que por la izquierda salen Gaspar y Maria.)

ESCENA XI.

MARIA, GASPAR.

MAR. Estará dentro: si usted
me permite...

GASP. Como quieras.
(Maria, que habrá llegado hasta la puerta de la casa, se queda allí pensativo.)
La humildad que se respira
aqui mi valor enerva.
¿No vas á avisarle?
(Reparando en la inmovilidad de Maria.)

MAR. Voy...
pero antes, señor, quisiera
hacer á usté una pregunta.

GASP. ¿Y quién te prohibió hacerla
por el camino?

MAR. Es que allí,
señor, me daba vergüenza;

y aunque intenté por dos veces
hablar, se negó mi lengua.

GASP. ¿Y aqui puedes?

MAR. Ya lo creo:
aqui mi valor se aumenta,
porque me encuentro entre amigos.

GASP. ¿Entre amigos? (Mirando en torno suyo.)

MAR. Si, la higuera,
el peral, el emparrado,
y en fin, mi casita vieja;
que ellos me han visto crecer
y ellos, señor, me consuelan:
sus frutos me regalaron
allá en mi infancia risueña,
y hoy bajo su fresca sombra
la mujer llora sus penas.

GASP. Acabemos: ¿la pregunta?...

MAR. Si pone usted la faz séria,
ni aun hallándome entre amigos
valor tendré para hacerla.

GASP. (Ante su humildad sucumbe
mi altivez.)

MAR. ¿Me da licencia
para continuar hablando?

GASP. Si, si, Maria, y dispensa
mi carácter.

MAR. Allá voy:
yo, señor Gaspar, quisiera
saber si he dado motivos
para que usted me aborrezca.

GASP. Yo no te aborrezco.

MAR. Eso
digo yo; pero en la aldea
dan en decir lo contrario.

GASP. Pueden decir lo que quieran.

MAR. Es verdad que Diego me ama
y que le amo yo: si es esa
la causa, mucho me temo
dure mientras yo no muera.

GASP. ¿Tanto le amas?

MAR. ¡Si le amo!
Mas que al sol ama la tierra:

si ella por sus rayos vive,
por su amor mi pecho alienta.
Mas si á usté este amor enoja,
yo le diré que no venga,
que ante el mandato de un padre
razon es que el hijo ceda.

(Gaspar se queda contemplando un momento á Maria: luego, como si deseara salir de su abatimiento, hace un esfuerzo y se encamina hácia la casa del Cura. Maria se interpone.)

¿Se va usted, señor?... ¿Acaso
no merezco una respuesta?

(Maria le coge una mano á Gaspar y le dice con sentimiento los versos que siguen.)

Si usted necesita un hijo
que le cuide y que le quiera,
si esas canas que coronan
su venerable cabeza
estan pidiendo un apoyo,
¿por qué sus puertas le cierra?
En vano frunce usté el ceño:
esos ojos me revelan
que el cariño paternal
en su corazon alienta.
Deje usted correr las lágrimas,
que una á otra se atropellan
por salir...

GASP. Calla, hija mia,
y ojalá que mereciera
un hijo ingrato...

MAR. Es que ahora
no es el mismo...

GASP. Cesa, cesa. (Se dirige á la casa.)
¿Está dentro el Padre Juan?

MAR. Debe estar.

GASP. Bien: por si llega
mi hijo, le hablaré en su cuarto:
no quiero que aqui me vea.
Si viene, Maria, ocúltale
mi llegada.

(Gaspar entra en la casa. Diego aparece en el monte.)

MAR. ¿Ya qué esperas,

corazon? Muere callando.

DIEGO. ¡Maria! (En el monte.)

MAR. ¡Ah! Es él, que no sepa...

(Se dirige á la casa y entorna la puerta. Luego sale al encuentro de Diego.)

ESCENA XII.

MARIA, DIEGO.

DIEGO. Maria, con impaciencia
vengo tu afan á calmar;
ya no abandono el lugar,
ya he comprado mi licencia.

MAR. ¡Dios mio!... ¿Será verdad?

DIEGO. Si; mi padre compasivo
quiso por fin que el cautivo
gozase de libertad.

MAR. Vuelve, vuelve á repetir...

DIEGO. Torna al pecho la esperanza,
Maria, que en lontananza
nos sonrie el porvenir.

MAR. ¿Pero el Padre Juan lo sabe?

DIEGO. Si, si, y loco de alegria
corrió á salvarme, Maria.

MAR. Para que mi pena acabe
ya solo el perdon nos falta
de tu padre.

DIEGO. ¡Su perdon!...
por lograrle el corazon
aqui de impaciencia salta;
y calcula tú si en mí
obra un afan verdadero,
que al abrazarle, el primero
será desde que nací.

(El Padre Juan rodeado de niños aparece en el puente.)

MAR. (Temo decirle que está
su padre aqui; mas su afan
me lastima.)

DIEGO. El Padre Juan. (Viéndole.)

MAR. (Él por mí se lo dirá.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el PADRE JUAN, y niños por el fondo.

P. JUAN. Esperad junto al peral
quietecitos.
NIÑO 1.° Yo por mí
ya no me muevo de aqui. (Se sienta.)
NIÑO 2.° Ni yo.
NIÑO 3.° Ni yo.
(Diego coloca á los niños al rededor del peral.)
P. JUAN. ¡Hola!... ¡Qué tal, (A Maria.)
Maria? Te habrá contado
Diego?...
MAR. Si.
P. JUAN. ¿Estás contenta?
MAR. ¡Vaya!
P. JUAN. Pasó la tormenta.
Ya se queda á nuestro lado.
¿Encontraste á Gaspar?
MAR. Si: (Bajando la voz.)
allá dentro está aguardando.
P. JUAN. Y yo que le estoy buscando...
(Se dirige á la casa, Maria se interpone y le dice en voz baja.)
MAR. Señor, es que...
P. JUAN. Vamos, di.
MAR, No quiere ver á su hijo.
P. JUAN. ¿Que no? Ese hombre está loco,
cuando él mismo hace muy poco...
nos trajo aqui...:
MAR. Asi lo dijo.
(Hablan en voz baja. Diego, que habrá estado junto á los niños, les dice.)
DIEGO. ¿Y quién tiene mas memoria
de entre vosotros?
NIÑO 1.° Perico,
y con todo es mas borrico
que el que tira de la noria.
(Uno de los chicos le dá un cachete á otro. Diego apaciguando á los chicos, que se dan codazos.)

P. JUAN. Nada, nada, respetemos (A Maria.)
su órden. ¡Cómo ha de ser!
(Hablando consigo mismo.)
(Pero no quiero perder
la oportunidad. Probemos.)
Saca la Biblia. A Gaspar (A Maria.)
le dices que entro al instante.
(Maria entra en la casa.)
¡Mi plan llevaré adelante!
Nada me cuesta probar.

ESCENA XIV.

DICHOS, menos MARIA.

P. JUAN. Esos bancos con presteza (A los niños.)
arreglad. Habeis querido
venir... no metais ruido,
(Los chicos tiran un banco.)
que me duele la cabeza.
NIÑO 1.° Lo ves, por tí nos regaña. (A otro)
OTRO. Tú eres el que mal lo lleva.
(Los muchachos ayudados por Diego, colocan los dos bancos y el sillon, de modo que el respaldo de este, dé á la puerta de la casa.)
P. JUAN. (Si, saldré bien de esta prueba,
el corazon no me engaña.)
Diego, tengo algo cargada
la cabeza; hazme el favor
de leer tú.
DIEGO. Bien, señor.

ESCENA XV.

DICHOS, MARIA, con la Biblia.

MAR. Aqui está el libro.
P. JUAN. (A los niños.) Me agrada
veros asi, estais soberbios
por lo graves. Y tú asi,
(A Diego sentándole de espalda á la pureta.)
comienza á leer aqui.
DIEGO. «El libro de los proverbios» (Leyendo)

P. JUAN. Vosotros con atencion,
esos consejos benditos
escuchad, que estan escritos
por el sabio Salomon.
(El Padre Juan entra en la casa, y á poco sale cogido del brazo de D Gaspar.)

MAR. Yo voy á oirte.

NIÑO. 1.° Maria,
siéntate aqui.

MAR. No, estoy bien.

ESCENA XVI.

DICHOS, el PADRE JUAN y GASPAR, que se ocultan detrás del emparrado.

GASP. ¿Qué intenta usted?

P. JUAN. Calma ten,
y escucha al jóven que un dia
provocó tu injusta ira,
y aqui por tu bien advierte,
que dá la vida ó la muerte
el aire que se respira.

DIEGO. (Lee.) (1) «Proverbios de Salomon hijo de David, rey de Israel.—Hijo, no olvides mi ley, y guarda en tu corazon mis preceptos. No se aparte de tí la misericordia y la verdad, ródéalas á tu garganta, y cópialas en las tablas de tu corazon.»

---

(1) Estas parábolas, estan sacadas de los XXXI capitulos de que se compone el libro de *Salomon* llamado *Los proverbios*, segun *la vulgata latina anotada y conforme al sentido de los santos padres y expositores católicos, por el ilustre señor D. Felipe Scio de San Miguel, obispo de Segovia.*

Como un drama es mas para representado que para leido, y en su ejecucion no pueden leerse las notas del *Padre Scio*, sin grave riesgo de matar su interés dramático, y ademas, los proverbios de que nos hemos aprovechado para el desenlace de esta obra, no son los que mas necesitan de notas por su bondad cristiana y la consoladora esencia que su lectura derrama en el espíritu de todo cristiano, suprimimos en esta impresion, bien á pesar nuestro, las luces con que ha embellecido este libro santo, el ilustre escritor religioso.

«El que vuelve males por bienes no se apartará el mal de su casa.»

«La ira es como el rugido del leon, la benevolencia como la gota del rocio.»

«El hombre necesitado es misericordioso, y mejor es el pobre que el hombre mentiroso. Quien se compadece del pobre, dá prestado á Dios.»

«Busca la ruina quien alza demasiado su portada.»

GASP. ¡Y es mi hijo el que oyendo estoy!
P. JUAN. Tu hijo, á quien has de querer.
GASP. ¡Mi hijo, á quien maldije ayer!
P. JUAN. Tu hijo, á quien bendices hoy.
GASP. ¡Él enseñando á los niños!
P. JUAN. Es que está purificado.
GASP. ¿Pero quién le habrá formado?
P. JUAN. Mis paternales cariños.
DIEGO. (Lee.) «Las reprensiones suaves quebrantan la ira. Las palabras duras escitan el furor. Corona de los viejos son los hijos de sus hijos: y gloria de los hijos, los padres de ellos.»
GASP. Basta ya, que el corazon
saltar del pecho quisiera.
P. JUAN. Diego, tu padre te espera.
MAR. ¡Ah! (Volviéndose.)
DIEGO. ¡Padre mio! ¡Perdon! (Se abrazan.)
P. JUAN. Llorad, llorad sin recelo
calmando vuestra agonia:
Gaspar, hoy tiene un buen dia
tu santa esposa en el cielo.
DIEGO. Padre, yo fuí un criminal.
GASP. Pasadas culpas olvida.
DIEGO. Desde hoy comienzo otra vida,
pues conozco el bien y el mal.
GASP. Padre Juan, usté ha salvado
á Diego, y pues su sobrina
á quererle al fin se inclina,
con ese amor quedo honrado.
P. JUAN. Pues que por fin os juntamos,
lo demas á ellos lo fio.

GASP. Ahora es preciso, hijo mio,
ir á la aldea, corramos.
DIEGO. ¿A qué, señor?
GASP. Porque yo
quiero tenerte á mi lado.
DIEGO. Padre, ya no soy soldado.
GASP. ¿Que no eres soldado?
DIEGO. No.
GASP. ¿Quién pudo librarte?
P. JUAN. Aqui
el dinero no hace mucho
dejaste.
GASP. ¡Yo no!
P. JUAN. ¡Qué escucho! (Asombrado.)
¡Que no fuiste tú!
GASP. No fuí.
DIEGO. ¿A quién, pues, estoy debiendo
mi libertad?
(Petra, Anastasio, Romualdo y una multitud de aldeanos, niños y gente del pueblo, bajan en tropel por los senderos del puente, y se colocan junto á la tapia de la casa del Cura: detras de estos, y en direccion al puente, el sargento y ocho soldados, seguidos por los cuatro quintos, entre los cuales se hallan Roque y Rafael.)
PET. Pobrecitos.
Míalos, míalos, qué contritos
van.
(El Padre Juan se vuelve, y al ver á Roque, que debe hallarse en el puente, lanza un grito.)
P. JUAN. ¡Ah! ¡Todo lo comprendo!
(Corre hasta la puerta, y al ver que Roque sigue andando, se detiene y dice extendiendo sus brazos en direccion á él.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ALDEANOS, ALDEANAS, etc.

P. JUAN. ¡Roque! ¡hijo mio! ¡detente!
ROQUE. (Desde el puente, agitando el sombrero)
¡Padre Juan, Maria, Diego!...

Adios.

P. JUAN. Mi amistad te niego,
Roque, si cruzas el puente. (Pausa.)

ROQUE. Mi primero, me ha criado
ese anciano. (Al sargento.)

SARG. Vé ligero.

ROQUE. Muchas gracias, mi primero.
(Roque baja á la escena: el Padre Juan le sale al encuentro, y cogiéndole por el brazo le dice.)

P. JUAN. ¿Qué eso?¡

ROQUE. Que soy soldado. (Con alegria forzada.)

P. JUAN.
DIEGO.
MAR. } ¡Soldado!

P. JUAN. Responde, di,
mas que no mientas te pido;
¡por salvarle te has vendido?
(Señalando á Diego con una mirada.)

ROQUE. Señor, yo...

P. JUAN. Responde.

ROQUE. (Despues de un momento de lucha.) Si.

P. JUAN. ¿Qué has hecho?

ROQUE. Pagué un tributo
de gratitud nada mas.

GASP. Roque, al servicio no irás,
yo te compro un sustituto.

DIEGO. Gracias, padre.

P. JUAN. Bien, Gaspar.

GASP. Gracias no merezco, no:
él por mi hijo se vendió
y yo le debo comprar;
que su santa abnegacion
aunque yo le libre de ella,
ha dejado una honda huella
grabada en mi corazon.

ROQUE. A lo hecho pecho y contento:
usté el dinero disfruta;
y adios, que teme el recluta
el mal humor del sargento.

GASP. No será, que rico soy,
y es justo que el mal evite.

DIEGO. Y si el dinero no admite,

padre, en su lugar me voy.

MAR. ¡Roque! (A media voz.)

ROQUE. Si eso les apura, (Mirando á Maria.)
que cese el apuro quiero.
Bien está, admito el dinero.

GASP. Gracias.

ROQUE. Déselo usté al cura.

P. JUAN. ¿A mí?

ROQUE. Si ~~ocho~~ años pasados
~~son, y ni~~ vuelvo ni escribo,
es prueba de que no vivo.
Délo usté á los desgraciados.
Si vuelvo, con él podré
en un seminario entrar,
y allí á fuerza de estudiar
á ser cura llegaré:
y yo entonces sus cariños
recordaré y sus consejos,
siendo amparo de los viejos
y protector de los niños,
siendo el apoyo, el sosten,
del infeliz afligido;
siendo, en fin, lo que usté ha sido,
un santo.

P. JUAN. (Arrojándose en sus brazos y anegado por las lágrimas.)
A mis brazos ven,
hijo, y por Dios infinito
te ruego que no te alejes,
yo no quiero que me dejes,
Roque, yo te necesito.

ROQUE. Perdone usted, padre Juan,
y no me tache de ingrato
si hoy sus órdenes no acato;
tengo formado mi plan
y no cejo: en vano es
cuanto me aconseja y dice;
al venderme, yo lo hice

la ordenanza militar.

P. JUAN. Piensa que el destino impio
en la lucha fratricida,
te puede arrancar la vida,
no te vayas, hijo mio.

ROQUE. Á otros he visto volver,
ya volveré aunque me vaya;
donde un hombre hace una raya
otro hombre la puede hacer.
Yo tengo esa persuasion,
pues me llevo, aunque me ausente,
sus consejos en la mente
y su fé en mi corazon.

P JUAN. Hijo, si, vuelve al hogar
dó hubistes niñez tranquila,
que el pobre viejo vacila
y en tí se quiere apoyar.
Torna, mi voz como un dia
el santo templo no llena,
y el cáliz alza con pena
hácia Dios mi mano fria.
Y si al tornar, una losa
te indica muda y helada
que una vida terminada
bajo su peso reposa,
vierte una lágrima allí
de piedad y de consuelo,
que el padre Juan desde el cielo
otra verterá por tí.

(Roque se arrodilla. El Padre Juan le bendice, luego le abraza. Diego le dá la mano, Maria y las demas aldeanas le rodean. Roque por fin hace un esfuerzo y sale de la escena precipitadamente, llega al puente y se reune con los soldados. Cuando llega al fin del monte, tiende sus brazos y agita el sombrero. Todos los aldeanos y aldeanas hacen lo mismo hasta que se pierde de vista. El Padre Juan se ha quedado con la mirada fija en el suelo é inmóvil. Gaspar se le acerca y le dice.)

GASP. Vamos, valor, padre Juan.

P. JUAN. Yo le crié desde niño...
la dulzura y el cariño,

Gaspar, ese fruto dan.

GASP. Es verdad. (Doblando la cabeza avergonzado.)

P. JUAN. Aunque te enoje
recordarte tu rigor,
el hombre es un labrador,
y lo que siembra, recoge.

(Maria, Diego, los aldeanos de ambos sexos y los niños, se reunen con el Padre Juan y Gaspar.)

MAR. ¡Padre!

DIEGO. ¡Señor!

P. JUAN. (Señalando el monte por donde ha desaparecido Roque y los soldados.)
¡Ya partió!

DIEGO. Acaben duelos prolijos.

MAR. Le quedan á usted dos hijos.

NIÑO 1.° ¡Y yo tres!

NIÑO 2.° ¡Y yo!

TODOS. ¡Y yo!

(Todos rodean al Padre Juan, que los mira con ternura.)

P. JUAN. Vuestro amor me reconcilia.
Dichoso el genio profundo
que pueda tornar al mundo
en una sola familia.

(El Padre Juan extiende los brazos por cima de los niños. Todos se arrodillan en torno suyo. Este cuadro final queda á cargo de los directores de escena Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente alguno en que su representacion se autorice, si se suprime lo señalado en la escena octava [1] *del acto segundo.*

Madrid 27 *de Noviembre de* 1858.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

---

1 El verso suprimido es:
. . . . . «Y *la cóngrua*
nos la suprime el Estado.»